

# *El chico de la última fila*

de Juan Mayorga

## Personajes

Germán, de unos 55 años.

Juana, de unos 55.

Claudio, de 17.

Rafa, de 17.

Rafa Padre, de unos 45.

Ester, de unos 40.

*(Germán lee un folio manuscrito en el que hace anotaciones con rotulador rojo. Lo que lee, primero le da risa y luego le indigna. Pone un cero en el folio, lo deja en el montón de la derecha y coge otro del montón de la izquierda. Lee una frase, pone en el folio un gran cero y lo deja en el montón de la derecha. Coge otro folio. Está volviendo a enfadarse cuando llega Juana.)*

Germán- ¿Qué? ¿Cómo ha ido?

Juana- Podías haberme acompañado.

Germán- No voy a misa desde los catorce años.

Juana- No era una misa. Era un funeral.

Germán- No pensé que fuera tan importante para ti. No era un pariente, ni un amigo. No irás a decirme que Bruno era un amigo.

Juana- Por no estar sola. Por poder hablar con alguien.

*(Silencio.)*

Juana- Conocí a las mellizas. Son tal como Bruno las describía. ¿Me cambio y nos vamos al cine, a una divertida?

Germán- No te cambies, estás muy guapa. Pero deja que acabe esto. Echa un vistazo, esto sí que es divertido.

*(Vuelve a su lectura. Juana hojea el montón de la derecha.)*

Juana- Cero. Tres. Cero. Hombre, ¡un cinco! Dos. Cero... ¿Tan malos son?

Germán- *(Sin dejar de leer.)* Peores. El peor curso de mi vida.

Juana- Eso ya lo dijiste el curso pasado. Y el anterior.

*(Germán pone un uno en el folio, se lo da a Juana y coge otro.)*

Germán- *(Lee.)* “El sábado estuve viendo la tele. El domingo estaba cansado y no hice nada”. Punto final. Les di media hora. Dos frases. Cuarenta y ocho horas en la vida de un tío de diecisiete años. El sábado, tele; el domingo, nada. *(Pone un cero en el folio y se lo da a Juana; coge otro.)* No les he pedido que compongan una oda en endecasílabos. Les he pedido que me cuenten su fin de semana. Para ver si saben juntar dos frases. Y no, no saben. *(Lee.)* “Los domingos no me gustan. Los sábados sí que me gustan pero este sábado mi padre no me dejó salir y me quitó el móvil”. *(Pone en el folio un gran cero y lo deja en el montón de la derecha.)* Intenté explicarles la noción de “punto de vista”. Pero hablar a éstos de punto de vista es como hablar a un chimpancé de mecánica

cuántica. Les leo el comienzo de “Moby Dick”, se supone que todos saben de qué hablo, que han visto la película. Les explico que la historia la cuenta un marinero. Pregunto: “¿Y si la hubiera contado otro personaje, por ejemplo el capitán Achab?”. Me miran asustados, como si les hubiera planteado el enigma de la esfinge. “Bueno, me vais a hacer una redacción contándome lo que habéis hecho este fin de semana. Tenéis media hora”. Y me entregan esto. ¿Qué fatalidad me condujo a este trabajo? ¿Hay algo más triste que enseñar literatura en bachillerato? Elegí esta profesión pensando que viviría en contacto con los grandes libros. Sólo estoy en contacto con el horror. Y lo peor no es enfrentarse, día a día, con la ignorancia más atroz. Lo peor es imaginar el día de mañana. Esos chicos son el futuro. ¿Quién puede conocerlos y no hundirse en la desesperación? Los catastrofistas pronostican la invasión de los bárbaros y yo digo: ya están aquí; los bárbaros ya están aquí, en nuestras aulas.

*(Coge otro folio.)*

Juana- No sabía si darles el pésame. Estaba por irme cuando se me acercó una de ellas, no sé cuál, no las distingo. Me dijo que mañana irán a la galería a hablar del futuro. “A hablar del futuro”. ¿Me escuchas?

*(Germán está absorto en lo que lee.)*

Juana- ¿Pasa algo?

*(Silencio.)*

Germán- *(Lee.)* “El pasado fin de semana, por Claudio García. El sábado fui a estudiar a casa de Rafael Artola. La idea partió de mí, porque hace tiempo que deseaba entrar en esa casa. Este verano, todas las tardes me iba a mirar la casa desde el parque, y una noche el padre de Rafa casi me coge mirando desde la acera de enfrente. El viernes, aprovechando que Rafa acababa de fracasar en la clase de Matemáticas, le propuse un intercambio: “Tú me ayudas a mí con la Filosofía y yo a ti con las Matemáticas”. No era más que un pretexto, claro. Yo sabía que, si aceptaba, sería en su casa, porque la mía está en una calle que Rafa no pisará jamás. A las once toqué el timbre y la puerta se abrió ante mí. Seguí a Rafa hasta su cuarto, que es como yo me imaginaba. Me las arreglé para dejarlo ocupado con un problema de trigonometría mientras yo, con la excusa de buscar una Coca-Cola, echaba un vistazo a la casa. Esa casa en la que por fin me encontraba, después de haberme imaginado tantas veces allí dentro. Es más grande de lo que suponía; mi casa cabe cuatro veces en ella. Todo está muy limpio y ordenado. “Bueno, basta

por hoy”, me dije, y estaba a punto de volver con Rafa cuando un olor me llamó la atención: el inconfundible olor de la mujer de clase media. Me dejé guiar por ese olor, que me llevó hasta el salón. Allí, sentada en el sofá, hojeando una revista de decoración, encontré a la señora de la casa. La miré hasta que levantó sus ojos azules. “Hola. Tú debes ser Carlos”. Su voz era tal y como había previsto; ¿dónde enseñarán a hablar a estas mujeres? “Claudio”, contesté, sosteniéndole la mirada. “¿Buscas el baño?”. “La cocina”. Ella me condujo hasta allí. “¿Quieres hielo?”. Me fijé en sus manos mientras sacaba los cubitos: alianza en la derecha y sortija en la izquierda. Se sirvió un Martini. “Coge lo que quieras”, dijo. “Estás en tu casa”. Ella volvió al sofá y yo a la habitación de Rafa. Le resolví el problema de trigonometría. Va a necesitar mucha ayuda para sacar las Matemáticas este curso. Continuará”.

*(Silencio.)*

Juana- ¿Dice “Continuará”?

Germán- Entre paréntesis.

*(Pone un siete en la redacción y coge otra.)*

Juana- ¿Un siete?

Germán- No tiene faltas, y de vocabulario no está mal. No es Cervantes, pero comparado con los otros... ¿Qué nota le pondrías tú?

Juana- Yo llevaría esa redacción al director.

Germán- ¿Por qué? ¿Porque la madre de su compañero Rafa tiene los ojos azules?

Juana- ¿Quién es este chico?

Germán- Me parece que es uno que se sienta en la última fila, pero no estoy seguro. Todavía no los conozco. Estamos en la segunda semana de curso.

Juana- ¿Le pones un siete y te quedas tan ancho? “Continuará”.

Germán- ¿Si le pongo un seis te quedarás tranquila? Menos de un seis no puedo ponerle.

Juana- Se ríe de ti y le pones un siete.

Germán- ¿Se ríe de mí? No me había dado cuenta.

Juana- Se ríe de todo. De ti, de su compañero Rafa, de la madre de Rafa...  
*(Lee.)* “Claudio”, contesté, sosteniéndole la mirada”. ¿Quién se cree que es? ¿Por qué no le pides que lo lea en clase, en voz alta, a ver si ese otro,

ese Rafa, le da un buen sopapo. A no ser que el tal Rafa... *(Lee.)* “Rafael Artola”. ¿Existe? Lo mismo todo es una fantasmada.

*(Germán hojea en el montón de la izquierda. Encuentra el folio que busca.)*

Germán- *(Lee.)* “El sábado por la mañana estudié Matemáticas con mi amigo Claudio. Por la tarde fui con mi padre a jugar al baloncesto. Fue un partido muy disputado, pero ganamos y nos fuimos todo el equipo a celebrarlo. El domingo...”.

*(Sigue leyendo en silencio. Le pone un cinco y lo coloca en el montón de la derecha.)*

Juana- ¿Un cinco? Parece un buen chico. Al otro le pones un siete y a éste un cinco.

Germán- No es clase de Ética, ni de Religión. Es Lengua y Literatura.

*(Coge otro folio.)*

Juana- ¿De verdad no te preocupa? Yo al menos hablaría con él. ¿No vas a hablar con él?

Claudio- ¿Quería verme?

Germán- Siéntate, hombre.

*(Claudio toma asiento.)*

Germán- Se trata de esa redacción sobre el fin de semana. Me preocupa.

Claudio- ¿La puntuación? Me hago un lío con el punto y coma.

Germán- La puntuación está bastante bien.

Claudio- Se me dan mejor las ciencias, pero este año me he propuesto mejorar en Lengua.

Germán- Se trata del contenido. Hablas de otro chico de clase, y de su familia. A alguien le podría parecer mal.

Claudio- ¿Se lo parece a usted? ¿O se refiere a otra persona? ¿Lo ha leído alguien más?

Germán- Todavía no. Pero estoy pensando dárselo al director, a ver qué opina.

Claudio- No lo escribí para el director. Lo escribí para usted.

*(Silencio.)*

Germán- ¿Cómo crees que se sentiría tu compañero Rafa si leyese...? (*Lee.*)  
“... aprovechando que Rafa acababa de fracasar en la clase de Matemáticas... un olor me llamó la atención: el inconfundible olor de la mujer de clase media...”. Y no es sólo lo que dices. Lo peor es lo que está entre líneas. El tono. ¿Qué tal si te lo hago leer en clase? ¿Cómo se sentiría Rafa si oyese esto?

Claudio- No sé cómo se sentiría. Tampoco lo escribí para él. Usted nos pidió que escribiésemos sobre el fin de semana. La idea fue suya.

(*Silencio.*)

Germán- Vamos a dejarlo estar. No sé qué buscabas con esto, pero sea lo que sea, vamos a pasar página.

(*Claudio va a irse.*)

Claudio- El ejercicio de los adjetivos, ¿puedo dárselo?

Germán- Dije para el lunes.

Claudio- Lo hice anoche, de un tirón. Si es que lo entendí bien. Se trataba de hacer una redacción con los adjetivos de la lista. ¿Era eso?

(*Saca el ejercicio.*)

Germán- Es sólo un juego para haceros escribir.

Claudio- No sabía si los adjetivos tenían que salir en el orden de la lista o si se podía cambiar. Yo lo hice en el orden de la lista.

Germán- El orden da igual. Lo dije.

Claudio- Tampoco sabía si se podía usar otros adjetivos, aparte de los de la lista. Y tuve que repetir uno. Repetí “oscuro”.

Germán- No tienes que entregármelo hasta el lunes. ¿No quieres quedártelo y revisarlo?

Claudio- Prefiero dárselo ya. Este fin de semana voy a centrarme en las Matemáticas.

(*Deja el ejercicio y se va. Silencio. Germán coge el ejercicio y lee. Juana está desmontando una instalación y embalando las piezas. Germán llega, deja su cartera y le echa una mano.*)

Juana- ¿Te parece arte para enfermos?

Germán- ¿Arte para enfermos?

Juana- A eso se reduce todo esto, según esas dos. Claro, que eso lo dijeron después de ver los libros de cuentas. Primero me pidieron las cuentas y luego emitieron su crítica. Si se vendiese, no lo considerarían arte para enfermos. Ya suponía que serían unas retrógradas, por cosas que Bruno contaba. Dos provincianas que igual les da heredar una galería de arte que una tienda de embutidos. ¿Cómo pueden decir que esto es arte para enfermos?

Germán- Bueno, ya sabes lo que pienso sobre este tipo de instalaciones. Yo necesito ver rostros. Gente. Siento una soledad infinita en medio de...

Juana- No es el momento, Germán, estoy a punto de perder mi trabajo. No es el momento de soltarme tus teorías contra el arte contemporáneo. Necesito que me digas que esas dos son unas palurdas hijas de puta.

Germán- ¿La cierran? ¿Van a cerrar la galería?

Juana- Me dan un mes. Un mes para demostrarles que es un negocio viable. Para encontrar algo que se venda, pero que sea el tipo de cosa que se vende en una galería de arte y no en, por ejemplo, una tienda de embutidos. ¿Que no lo encuentro? Pues traspasan el local y santas pascuas. *(En silencio, continúa su quehacer.)* Tocaron las piezas. Tenías que ver qué caras ponían. “Arte para enfermos”... ¿Y tú? ¿Qué tal el día?

Germán- Nada de particular. Ah, hablé con ese chico.

Juana- ¿Y?

Germán- Charlamos y luego él me entregó el ejercicio sobre los adjetivos, ése que pongo todos los años.

Juana- El de “Utiliza los siguientes adjetivos”.

Germán- Ése.

Juana- ¿Y?

Germán- Ha vuelto a hacerlo. Digamos que me ha dado el segundo capítulo. Lo anunció, ¿recuerdas? “Continuará”.

*(Silencio.)*

Juana- ¿Lo tienes ahí?

Germán- Sí.

*(Silencio.)*

Juana- No quieres que lo lea.

Germán- No sé si me parece bien.



Juana- Llevo treinta años leyendo las cosas de tus alumnos.

Germán- Pero esto es distinto, ¿no?

*(Juana reanuda su quehacer. Germán abre su cartera, saca el ejercicio y se lo da a Juana, que lo lee.)*

Claudio- Escribe una redacción en que aparezcan los siguientes adjetivos: contento, mismo, nuestro, opuesto, oscuro, igual, concentrado, pequeño, mayor, fantástico. *(Silencio.)* El lunes me acerqué a Rafael Artola y le propuse volver a estudiar juntos. El de Mates le acababa de felicitar por los ejercicios de trigonometría y él estaba contento como si le hubiesen dado el Nóbel, así que quiso empezar esa misma tarde. De camino, hablamos sobre lo que se supone que tienen que hablar los chicos de nuestra edad: de chicas; de lo que vamos a estudiar; de ese tipo de temas fuimos hablando hasta su casa.

¿Por qué Rafa?, ¿por qué lo elegí a él? Porque él es normal. Él está en el extremo opuesto. Hay otros de clase que están en el extremo opuesto, pero hubo algo que, el curso pasado, me hizo fijarme en Rafa: a menudo, al salir de clase, vi a sus padres esperándolo, cogidos de la mano. A otros chicos les avergüenza que sus padres vayan por allí, porque les avergüenza la situación o porque se avergüenzan de sus padres. Rafa no. Rafa parecía conforme con aquello. Y yo me preguntaba: ¿Cómo será su casa?; ¿cómo será la casa de una familia normal?

Nos abrió la puerta una mujer oscura, que igual podía tener quince años que cincuenta y cinco. La señora estaba en el salón, con la revista “Casa y jardín” en una mano y un metro en la otra. Tardó en darse cuenta de nuestra presencia, tan concentrada estaba midiendo una pared.

- Rafa –dijo, dándole un beso-. Y tu amigo... ¿Carlos?

- Claudio.

Sobre la tele, junto a un dragoncito chino, foto de la sagrada familia en la playa, de cuando Rafa era pequeño: papá, mamá, el nene y una nena un poco mayor que Rafa. El dragón los miraba como si fuese a devorarlos a todos.

- Me han puesto un emebé en Matemáticas –anunció Rafa.

- ¡Un emebé! ¡Fantástico! ¿Qué os apetece de merienda?

Nos la preparó la mujer oscura. La señora se quedó en el salón, con la revista en una mano y el metro en la otra, flotando como un fantasma. Continuará.

Juana- Repugnante.

Germán- ¿Qué te parece repugnante?

Juana- ¿No te parece repugnante?

Germán- ¿Desde cuándo te has vuelto una moralista? Tú, que has expuesto aquí cosas que hacían daño a los ojos, aquella exposición de muñecas hinchables, ¿tú te escandalizas de que un chico de diecisiete años piense lo que le dé la gana?

Juana- No que lo piense. Que lo escriba. “La exposición de muñecas hinchables”. Cualquiera que te oiga... Ni que hubiera convertido la galería en un sex-shop. Eran muñecas manipuladas. Una llevaba la cara de Stalin, otra la de Franco... Tenía un sentido. Para quien quisiese vérselo. Deberías hablar con el director.

Germán- Hablo con el director. Al chico lo castigan con una semana sin clase. O lo expulsan. O lo encarcelan. O lo fusilan. ¿Y qué?

Juana- O con tus compañeros, con los otros profesores del curso. Y con los padres, eso por descontado, deberías hablar con los padres.

Germán- ¿Para que no lo dejen entrar en esa casa?

Juana- Con los padres de Claudio, el escritor. Ese chico necesita un psiquiatra. Puede ser peligroso. Es capaz de hacerles algo. Deberías cortar esto antes de que pase algo realmente malo.

Germán- Es un chico cabreado, sólo eso. Un chico enfadado con el mundo. Y no es para menos. Mejor que saque su rabia así y no quemando coches. A mí me dan más miedo los otros. Esos sí que son peligrosos. Esos no respetan nada: ni la ortografía, ni la sintaxis, ni el sentido común. Aparte de Claudio, las que menos faltas tienen son dos chinitas que llevan seis meses en España. La última vez que los llevé al teatro me humillaron durante toda la representación. Y no se te ocurra criticarles, que se te echará encima la brigada de pedagogos.

Juana- Hablas de ellos como si fuesen una masa homogénea. Deberías acercarte a ellos, sin prejuicios, sin condenarlos a priori.

Germán- ¿A los pedagogos?

Juana- A tus alumnos. (*Mira el ejercicio de Claudio.*) O tiene un problema y está intentando llamar tu atención. ¿Cómo es?

Germán- Se sienta en la última fila. No habla. No participa. No crea problemas. En las demás asignaturas no destaca ni por arriba ni por abajo, salvo en Matemáticas.

Juana- O sea, que has preguntado por él.

Germán- Creo que es bueno en Matemáticas. ¿Nos vamos o qué?

Juana- Le abren las puertas de su casa y él... Es un sinvergüenza.

Germán- Es un tío raro. O sea, un tío como Dios manda.

Juana- ¿Tú también te sentabas en la última fila?

Germán- Es el mejor sitio. Nadie te ve, pero tú los ves a todos.

Juana- Supón que estas redacciones salen a la luz. En cierta forma, tú estarías comprometido.

Germán- ¿Comprometido con qué?

Juana- En cierta manera, te estás convirtiendo en su cómplice.

Germán- ¿Cómplice de qué?

Juana- Si no quieres verlo, no lo veas. (*Desmonta otra pieza. La mira.*) “Arte para enfermos”.

Germán- (*A Claudio.*) Quiero hablar con tus padres. ¿Prefieres que los llame yo o se lo dices tú, que quiero verlos?

Claudio- Llámelos si quiere. Ella no está y él no coge el teléfono.

(*Silencio. Germán pone ante él el ejercicio de los adjetivos.*)

Germán- Aquí “igual” no es adjetivo, sino adverbio. (*Lee.*) “Nos abrió la puerta una mujer oscura, que igual podía tener quince años que cincuenta y cinco”. “Igual” modifica a “podía”, es un adverbio. En cuanto al estilo, tienes una empanada entre Hermann Hesse y Julio Verne. Es lógico a tu edad, a tu edad uno lee lo que pilla. (*Saca de su cartera un libro.*) No es de la biblioteca, es mío. No lo subrayes, ni le dobles las esquinas, ni lo dejes abierto boca abajo.

Claudio- ¿Tengo que leerlo entero? ¿No tiene nada más corto?

Germán- Lee la primera página. Si no te interesa, me lo devuelves.

(*Claudio saca unos folios. Los deja ante Germán.*)

Claudio- Si no le interesa, me lo devuelve.

*(Se sienta a la mesa de Rafa, ante los ejercicios de Matemáticas. Germán lee los folios.)*

Rafa- Pero ¿por qué tengo que cambiarle el signo?

Claudio- Porque lo has pasado al otro lado del igual.

Rafa- ¿Y antes?

Claudio- Aquí la equis estaba multiplicando.

Rafa- ¿Cómo multiplicando?

Claudio- Multiplicando al tres.

*(Rafa mira el problema con perplejidad.)*

Rafa Padre- Tú debes ser Carlos.

Claudio- Claudio.

*(Rafa Padre llega en chándal. Le cuesta hablar, está recuperándose del esfuerzo. Da la mano a Claudio.)*

Rafa Padre- Trabajo en equipo. Compartir información. Repartir responsabilidades. Delegar. Yo te la paso a ti cuando estás bajo el aro, tú me la pasas a mí cuando estoy libre de marca. Por cierto, a las ocho dan en diferido los Grizzlies contra los Clippers. ¿Pido una pizza, Rafa? ¿Te quedas a verlo... Claudio?

Germán- *(Dejando de leer.)* ¿Estás haciendo parodia?

Claudio- ¿Parodia?

Germán- El modo en que describes su entrada en la habitación, su modo de hablar... Estás exagerando los rasgos del personaje para provocar la risa del lector.

Claudio- No exagero. Él es así.

Germán- No puede ser así.

Claudio- Se lo juro.

Germán- ¿Es realismo?

Claudio- ¿Realismo?

Germán- Supón que pudieras grabar todo con una cámara, a escondidas. ¿Es eso? ¿Es como verlo por un agujero en la pared? ¿O hay una estilización, una abstracción?

Claudio- ¿Abstracción?

Germán- ¿Presentas lo que has visto o lo que a ti te parece significativo? Lo esencial.

Claudio- No lo pongo todo. No pongo el color del chándal. Me da igual que sea verde o azul.

*(Silencio.)*

Germán- ¿Por qué en presente? ¿Por qué te has pasado al presente?

Claudio- Es como estar allí otra vez.

*(Silencio.)*

Germán- Bueno, sigamos.

*(Vuelve a leer.)*

Rafa Padre- ¿Te quedas a verlo... Claudio?

Claudio- Acepto la oferta del hombre del chándal. Una hora después nos reunimos con él en el salón, aunque a mí me cuesta reconocerlo, sin chándal parece otra persona, pero por el modo en que se relaciona con el mando de la tele deduzco que es él, el cabeza de familia. Está muy interesado en que los Grizzlies ganen a los Clippers. En los Clippers juega un coreano. Eso le da pie a hablarnos sobre China. En el segundo tiempo se incorpora la madre, no sé si a ver el partido o si a informarse sobre China. Al poco suceden dos imprevistos: Pau Gasol es expulsado por cinco faltas personales y el padre recibe una llamada telefónica: tiene que recoger a alguien en el aeropuerto.

Rafa Padre- Antes la obligación que la devoción.

Claudio- Sin él, los Grizzlies pierden el partido. Según explicó el comentarista, los Grizzlies tuvieron un 52% de posesión de balón y los Clippers un 48. La clave del partido estuvo en la expulsión de Gasol, según el comentarista. Continuará.

*(Silencio.)*

Germán- Está bien, incluso bastante bien. Si todo lo que pretendes es que la gente se ría de tus personajes. Pero ése es un objetivo bajo. La primera pregunta que debe hacerse un escritor es: ¿Para quién escribo? ¿Para quién escribes tú? Es muy fácil sacar a luz lo peor de cualquiera, para que la gente mediocre, sintiéndose superior, se ría de él. Es muy fácil agarrar a un personaje y mirarlo por su lado más ridículo. Lo difícil es mirarlo de cerca, sin prejuicios, sin condenarlo a priori. Encontrar sus razones, su

herida, sus pequeñas esperanzas, su desesperación. Mostrar la belleza del dolor humano, eso sólo está al alcance de un verdadero artista.

*(Le entrega otro libro. Claudio se va a leer y a escribir.)*

Juana- No sé qué pretendes.

Germán- Enseñarle.

Juana- ¿Enseñarle qué?

Germán- Literatura. Y, a través de la literatura, otras cosas.

Juana- La literatura no enseña nada.

Germán- Ah, ¿no?

Juana- “Bartleby el escribiente”. Lo llevaba en el bolsillo aquel chalao, el que mató a John Lennon. ¿Qué le enseñó la literatura a ese loco?

Germán- El asesino de Lennon llevaba “El guardián entre el centeno”.

Juana- Da igual. Lo que importa es que la literatura no enseña nada. No nos hace mejores.

Germán- Educan más tus exposiciones. La gente sale de tus exposiciones muy cultivada. Si es que consiguen encontrar la salida.

Juana- Tampoco mis exposiciones. El arte, en general, no enseña nada.

*(Claudio da unos folios a Germán. Éste los lee junto a Juana.)*

Rafa- Pero ¿por qué tengo que cambiarle el signo?

Claudio- Porque lo has pasado al otro lado del igual.

Rafa- ¿Y antes?

Claudio- Antes no estaba sumando. Aquí la equis estaba multiplicando.

Rafa- ¿Cómo multiplicando?

Claudio- Multiplicando al tres. Rafa mira el ejercicio con pesimismo. De repente, irrumpe en el cuarto un adulto en atuendo deportivo.

Rafa Padre- Tú debes ser Carlos.

Claudio- Claudio.

Rafa Padre- Trabajo en equipo. Yo te la paso cuando estás bajo el aro, tú me la pasas cuando estoy libre de marca. Dan en diferido los Grizzlies contra los Clippers. ¿Pido una pizza, Rafa? ¿Te quedas a verlo... Claudio?

Claudio- Vale.

Rafa Padre- Pero lo primero es lo primero, ¿eh?, antes la obligación que la devoción. Voy a darme una ducha.

Claudio- Y Rafa va a darse una ducha mientras Rafa reanuda su combate con la equis. Los dos se llaman Rafa. Una hora más tarde estamos los tres, Rafa, Rafa y yo, en el sofá, comiendo una “Quattro Stagioni”, mientras los Grizzlies arrollan a los Clippers para satisfacción de los Rafa. En los Clippers juega un coreano, lo que aprovecha Rafa Padre para disertar sobre China.

Rafa Padre- Hay dos tipos de chinos...

Claudio- Estuvo una semana en China, por trabajo, hace diez años. No ha vuelto, pero habla sobre los chinos como si no tuviesen secretos para él.

Rafa Padre- Lo peor que le puedes decir a un chino...

Claudio- En el minuto dos del segundo tiempo, Gasol anota un gancho de tres puntos y los Rafa enloquecen. En el minuto cuatro, Ester se sienta a mirar el partido, pero no consigue interesarse, en el minuto siete abre el número doscientos quince de la revista “Casa y jardín”, por sus ojos desfilan una mansión de estilo victoriano, una casa-molino holandesa, la casa mallorquina de Catherine Zeta-Jones, tantas casas que ella no tendrá jamás. En el minuto siete coge papel y lápiz y hace un boceto de reforma de la casa, tiene una carpeta llena de bocetos, se pasa el día en casa pero no está contenta con la casa, está decidida a reformar la casa, aunque sabe lo duro que es tener obreros en casa. En el minuto diez, muerde el lápiz y mira el vacío, concentrada en la gran pregunta de su vida: ¿Cómo sacar otro cuarto de baño? En el minuto doce, Rafa Padre propone comprar un televisor de plasma. En el quince, Gasol es expulsado por cinco personales, lo que indigna a los Rafa, que lo aplauden en pie cuando sale de la cancha, y no es para menos, sus números son escalofriantes: treinta puntos, siete asistencias y cuatro rebotes. En el minuto dieciséis suena el teléfono de Rafa Padre. Mira la hora, está por no contestar.

Rafa Padre- *(Al teléfono.)* Dime... Ya te lo noto. ¿Has ido al médico?... ¿Juanito?... ¿Y a qué hora llega?... *(Coge el lápiz a Ester para apuntar.)* BA0423, diez quince, terminal dos... ¿Un cartelito con su nombre?... Huang Li, con hache... Pero hablará inglés... Hotel Convención... ¿Te parece a uno de comida española?... Tú tranquilo, tú descansa... Nada hombre, faltaría más... *(Guarda el teléfono; a Ester:)* Tengo que ir al aeropuerto, a recoger a un socio.

Ester- ¿A estas horas? Qué fastidio, ¿no?

Rafa Padre- Antes la obligación que la devoción. Lo mismo tengo que llevarlo a cenar. O igual no y en dos horas estoy de vuelta.

Ester- ¿Un chino?

Rafa Padre- Viene a una firma, a prorrogar un contrato. Lo iba a recoger Mariano, pero está con gripe.

Ester- ¿A qué hora llega?

Rafa Padre- A las diez y cuarto.

Ester- Tienes tiempo.

Claudio- Se sienta a ver el final, pero está nervioso, ya no consigue disfrutar del partido. Al rato va a cambiarse.

Rafa Padre- No sé qué ponerme. No sé si ir de trabajo o si ir cómodo.

Claudio- Se va a buscar al chino. Nada más salir él, los Clippers empiezan a remontar y en el último segundo se imponen gracias a un error arbitral.

Ester- Pero entonces, ¿quién ha ganado?

Claudio- Continuará.

Juana- Te está toreando. La segunda versión es todavía más cruel. Tú quieres enseñarle y él te da una lección.

Germán- *(A Claudio.)* ¿Qué es lo siguiente? ¿Verlos criticar a los vecinos? Ya sabemos de la infinita mezquindad de la clase media. Ya se sabe que la clase media es fea, banal, estúpida. También lo era la aristocracia rusa, pero Tolstoi se las arregló para escribir “Ana Karenina”. Y Dostoievski, ¿sabes el secreto de Dostoievski? Hacer de personas vulgares personajes inolvidables. Pero si lo que tú quieres ser es un caricaturista... ¿Es eso lo que quieres ser, un caricaturista?

Claudio- Usted dijo que los mirase de cerca. Cuanto más de cerca los miro, es peor. Escribo lo que veo.

Germán- Si esto es todo lo que ves, entonces es que no vales para esto. *(Le da tres libros, uno detrás de otro.)* Chéjov. ¡Dostoievski! ¡Cervantes!!

Juana- ¿Qué te parece?

*(Le muestra un catálogo. Germán no sabe qué decir.)*

Germán- Bueno, es... Interesante.

Juana- Pero ponte en el lugar de la gente. ¿Crees que comprarán?



Germán- Son todo cosas muy normales: un reloj de cocina, un ventilador...

Juana- Son objetos normales, pero manipulados para producir un extrañamiento. Fíjate en el reloj: trece números. El artista interviene en el espacio doméstico poniendo de manifiesto rasgos que, de tanto verlos, ya no percibimos. Lo que busca es mostrar la mecanización de nuestra vida y desafiar las fronteras entre lo interior y lo exterior, entre lo privado y lo público.

*(Germán mira el catálogo sin saber qué decir.)*

Juana- ¿Y esto otro? Escucha.

*(Le pasa unos auriculares. Germán se los pone. Silencio. Se los quita extrañado.)*

Germán- ¿Qué es?

Juana- Paciencia, hombre.

*(Pone los auriculares a Germán.)*

Juana- Pintura verbal. Es la voz del pintor describiendo el cuadro. El espectador, o sea, el oyente, imagina el cuadro. El espectador es un cocreador: vuelca su imaginario en la pared vacía. El artista propone que los auriculares cuelguen en una pared, o en un marco vacío. Para burlarse de una industria cultural obsesionada con la producción de objetos tangibles, él opta por intervenciones poéticas efímeras despojadas de materialidad. Las pinturas realmente existen, es decir, existieron, pero el pintor, después de hacer las descripciones ante una grabadora, las destruyó. Trece acuarelas.

*(Germán se quita los auriculares.)*

Germán- Yo no he visto nada. Aunque ya sabes que mi inglés no es muy bueno. Ahora para disfrutar el arte hace falta saber idiomas. Tiene un acento raro ese hombre.

Juana- Es chileno. De Valparaíso.

Germán- Sinceramente, dudo que se venda. Yo no lo compraría. A lo sumo me compraría el cedé, en la calle, más barato.

Juana- No me tomas en serio. Tengo veinte días. Veinte días y me ponen en la calle.

Germán- Si para salvar la galería tienes que exponerme en una vitrina, aceptaré el sacrificio. Pero no me pidas que me deje tomar el pelo.

*(Enfadada, Juana recoge el catálogo, los auriculares y otras cosas que pensaba enseñar a Germán, pero que ya no va a enseñarle. Germán saca de la cartera una redacción.)*

Germán- ¿Quieres leerlo?

*(Juana no contesta, pero se acaba acercando a leer.)*

Rafa- *(A Claudio, leyendo de sus apuntes.)* “A tu padre le han puesto una multa de tráfico. Él considera que es injusta y se plantea no pagarla. ¿Qué le aconsejaría Sócrates?”.

Germán- ¿Qué demonios es esto?

Claudio- El de Filosofía está empeñado en convencernos de que la Filosofía es útil. Siempre empieza planteándonos un caso, él lo llama un “dilema moral”, y luego nos explica el filósofo, Platón, Hegel, lo que toque. Todos quieren convencernos de que su asignatura es útil. Todos menos el de Matemáticas. Ése ya nos advirtió el primer día que las Matemáticas no sirven para nada.

Germán- Las Matemáticas son importantes. También la Filosofía. Aunque ni las Matemáticas ni la Filosofía tengan respuesta para la gran pregunta.

Claudio- ¿La gran pregunta?

Germán- ¿Tolstoi o Dostoievski? Ésa es la gran pregunta, la que resume todas las demás.

Rafa- *(Consultando sus apuntes.)* A Sócrates, que era inocente, lo condenaron a tomar cicuta. Un amigo le propuso fugarse. Sócrates contestó: “Atenas me ha alimentado, me ha protegido, me ha educado. No puedo obedecer a Atenas cuando me conviene y desobedecerla cuando me viene mal”. Y se bebió la cicuta de un trago. ¿Lo coges?

Claudio- Siempre empezamos con la Filosofía. Cuarto de hora de Filosofía y dos horas de Matemáticas. Yo tengo problemas con la Filosofía; las Matemáticas tienen problemas con Rafa.

Rafa- Raíz cuadrada de menos uno. Por más que lo pienso, no le veo el sentido.

Claudio- No es un número real. Por eso se les llama números imaginarios: raíz de menos cinco, raíz de menos siete... Sólo existen en la cabeza. Pero se les puede sumar, multiplicar... ¡dibujar! Se puede hacer cosas con ellos, aunque no existan.

Rafa- No consigo memorizar las fórmulas. Las aprendo y se me van.

Claudio- No tienes que memorizarlas, tienes que comprenderlas. (*Le pone tres ejercicios.*) Le pongo tres ejercicios: uno fácil, para animarlo; otro no tan fácil; y otro difícil, para que se atasque. Mientras él combate con los números imaginarios, yo doy una vuelta por la casa. En el pasillo tienen colgadas cuatro reproducciones de acuarelas de Paul Klee.

Ester- ¿Llegaste tarde? No te sentí.

Rafa Padre- Nos dieron las tantas charlando. El tal Huang, Juanito, así le llamamos, es bastante abierto, para ser un chino. El Rioja le soltó la lengua. No está contento con nosotros. Siente que no lo respetamos. Al principio estuvo frío, como molesto porque yo hubiese ido a recogerlo en lugar de Mariano. No se creyó lo de la gripe.

Claudio- Yo necesitaba un lugar desde el que oír sin perturbarles. Si hubiera podido convertirme en la mosca de la pared, lo habría hecho. No puedo convertirme en mosca, pero puedo ir al pasillo a mirar las acuarelas de Klee con las orejas muy abiertas.

Rafa Padre- Surgió la idea de trabajar juntos. Él no está conforme con el porcentaje que le damos. Quiere un quince.

Ester- No te entiendo.

Rafa Padre- He estado todo el día dándole vueltas. ¿Por qué no dar el salto? Independizarse.

Ester- Pero en la empresa estás bien. Te valoran mucho.

Rafa Padre- Me valoran, sí, pero siento que he tocado techo. Cada idea que se me ocurre tiene que pasar por Mariano, que se cuelga la medalla.

Ester- Siempre has dicho que eres un hombre de equipo.

Rafa Padre- De equipo, vale, pero en un equipo unos pasan el balón y otros meten la canasta. Llevo demasiado tiempo sudando la camiseta para que otros encesten. Hablando con Juanito de las oportunidades que hay allí...

Ester- Pero ¿él te habló así? ¿Tan claramente?

Rafa Padre- Los chinos nunca hablan claramente. Pero si yo le doy el quince, él será mi hombre en China. Mi hombre de confianza. De confianza es un decir, en los chinos no se puede confiar, son falsos como ellos solos, ya encontrará modo de sacarme el veinte, pero aún así salen las cuentas. Hoy día el transporte apenas supone un diez por ciento. El coste está en la mano de obra, y allí sale tirada. Juanito me señala un escaparate, una

de esas muñequitas, la Barbie: “Dos eulos”. Un juguete que aquí lo vendes por diez veces más.

Ester- Pero dejar la empresa... ¿No te da miedo?

Rafa Padre- Hasta que el proyecto se consolidase, podría continuar en la empresa, no tienen por qué enterarse. Sin perjudicarlos, trabajando en una línea que no interfiera. Nosotros a Juanito le enviamos por meil los planos de la pieza, le decimos cien como ésta tal fecha y él siempre cumple. Así de sencillo. Es como tener una fábrica sin obreros. O más fácil todavía: les envías una foto y ellos lo copian. No una copia exacta, sería ilegal, con pequeños cambios.

Ester- Pero hará falta una inversión, un desembolso inicial.

Rafa Padre- Con lo que tenemos ahorrado y un pequeño crédito...

Ester- ¿Y la reforma?

Rafa Padre- Si dices que no tenemos ni para el salón.

Ester- Concha me ha hablado de unos rumanos que trabajan muy bien y muy barato. Con factura o sin factura.

Rafa Padre- Ya sé que tienes esa ilusión, ya sé.

Ester- Ahora que me había decidido a cerrar la terraza...

Rafa Padre- Lo sé, lo sé, es sólo que... En la edad en que estoy, necesito una motivación. Me siento estancado. Recuerdo aquellos tiempos, no hace tanto, la energía que tenía, las ganas de comerme el mundo. Siento que somos poco ambiciosos. Veo lo que hace mi jefe y me pregunto: ¿Por qué no yo? Quiero ser mi propio jefe. Tú podrías ayudarme. A elegir los productos, a establecer los contactos... Hay que ir a las tiendas, hablar con los comerciantes, ver qué necesitan. Con un mensaje contundente: “Le ofrezco lo que tiene en el escaparate, diez veces más barato”.

Ester- ¿Me estás proponiendo que trabaje para ti?

Rafa Padre- Te estoy proponiendo que trabajemos juntos.

Ester- Sabes que mi idea es acabar la licenciatura. Sacar esas tres asignaturas y ejercer, ahora que los niños son mayores.

Rafa Padre- Esto sería nuestro. Nuestro. Si esto sale bien, y no tiene por qué salir mal, tendrías más que una reforma. Tendrías una casa nueva.

*(Silencio.)*

Ester- ¿Saco unas aceitunas?

Rafa Padre- Bueno.

Claudio- Ella sale del salón. Me encuentra mirando las acuarelas de Paul Klee. Todos los títulos acaban en “ung”: “Zerstörung”, “Unterbrechung”, “Hoffnung”, “Rettung”. Vuelve al salón con un plato de aceitunas y dos martinis.

Ester- Ese chico, ¿no te incomoda tenerlo todas las tardes por aquí?

Rafa Padre- Parece bastante prudente. Tímido incluso.

Ester- ¿A ti no te pone nervioso, con esa mirada perdida?

Juana- ¿Oye todo eso o se lo imagina? ¿Hablan de él delante de él?

Germán- Él no está delante. Está en el pasillo, mirando los cuadros.

Juana- ¿Y oye todo eso desde allí?

Germán- Oirá frases sueltas. Y luego están las caras, los gestos, la actitud.

Ester- La próxima semana tiene un parcial. Si no aprueba, deberíamos ponerle un profesor particular.

Rafa Padre- ¿Y Claudio?

Ester- Un profesor de verdad. No uno que sepa tan poco como él, que yo creo que entre el uno y el otro se confunden más que se aclaran.

Rafa Padre- Pero a ese chico se le ve muy perdido. Se ve que para él esto es importante. No creo que sea un chico con muchos amigos.

Ester- No podemos sacrificar a Rafa por ayudar a un extraño.

Rafa Padre- No, eso no. Escucha: he estado pensando en el nombre. Tiene que ser fácil de memorizar, y pronunciarse igual en todas partes. Como “Adidas”. O un nombre inglés. Y el logo tiene que expresar inmediatamente la idea del producto. Piensa en el rayajo de “Nike”. Oye, qué buenas estas aceitunas.

Juana- Empieza a recordarme a mi primo el de Alicante, que te lo encuentras en una boda y te cuenta todos los chismes de la familia. ¿De qué se trata, de conocer a una familia por dentro? ¿Antropología barata o simple cotillería? A mucha gente le gusta eso, levantar el tejado de una casa y ver lo que hay debajo, la tele está llena de eso. (*Apartándose de la redacción.*) Empieza a aburrirme.

Germán- (*A Claudio.*) El efecto sorpresa se está disipando. Ver a un extraño en esa casa, compartir su mirada, ya no es suficiente. Empiezas a

parecerte a ese primo pesado que te cuenta todos los chismes familiares. Si me pongo en la piel de alguien que leyese esto en un libro...

Claudio- ¿Lo está leyendo alguien? No me importa que lo enseñe. Puede enseñárselo a quien quiera.

Germán- No se lo voy a enseñar a nadie porque es muy malo. No voy a hacer perder el tiempo a nadie con esto.

Claudio- Mejor no se lo enseñe a nadie, si es tan malo.

Germán- No se lo voy a enseñar a nadie, pero si alguien lo leyese como una novela... Se echa de menos... Falta incertidumbre. Conflictos.

Ester- ¿Ya se ha ido tu amigo?

Rafa- Perdía el autobús.

Ester- Anda, tómate una aceituna.

Rafa Padre- Tu madre y yo apreciamos lo que estás haciendo por ese chico. Cuando podemos ayudar, no debemos perder la ocasión de hacerlo.

Rafa- Él también me ayuda.

Rafa Padre- Es un intercambio. Él te ayuda con las Matemáticas y tú a él con la Filosofía.

Ester- ¿Conoces a su familia?

Rafa- No sé mucho de él. No habla mucho. Tampoco en clase. En clase no habla con nadie.

Rafa Padre- Eso no está bien. Tienes que decir a tus amigos que hablen con él.

Rafa- Si es él el que no habla.

Claudio- ¿Conflictos?

Germán- Un personaje desea algo y desarrolla estrategias para realizar ese deseo. Pero le surgen dificultades. Le salen al paso rivales, enemigos. Antagonistas. Ulises desea volver a casa, pero el cíclope quiere matarlo, la ninfa se enamora de él y lo secuestra, las sirenas lo hipnotizan con su canto... A veces el conflicto no es del héroe contra otro, sino consigo mismo. No me refiero a dilemas tipo "Reforma del salón o negociete en China". Me refiero a luchas en el corazón del personaje. Aquiles: ¿marcho a Troya, como me pide mi ardor guerrero, o me quedo con mi amada Deidamia? El lector se pregunta si el héroe superará sus dificultades y conseguirá su objetivo. Es la pregunta de oro, la pregunta que hay que sembrar en la mente del lector: ¿qué va a pasar? Al lector no

se le puede dar tregua, hay que mantenerlo tenso. El lector es como el sultán de Sherezade: si me aburres, te corto la cabeza. Hay quien no cree necesario todo eso: conflictos, incertidumbre... Pero yo necesito que pasen cosas. Yo y todo el mundo, salvo cuatro pedantes extraviados. La gente necesita que le cuenten historias.

*(Silencio.)*

Claudio- Gracias, maestro.

Germán- No me llames “maestro”. Y otra cosa: tienes que intervenir en clase. Cuando pido voluntarios, o cuando pregunto. Abrir la boca de vez en cuando. Si no, tendré que suspenderte.

*(Claudio va a irse. Se vuelve.)*

Claudio- El miércoles tenemos parcial de Matemáticas. Rafa no va a aprobar. Y si no aprueba, le buscan profesor particular y a mí me echan. Hay que conseguir el examen como sea.

Germán- ¿Me estás pidiendo que robe el examen de Matemáticas?

Claudio- No veo otra solución. Los números imaginarios no le entran.

*(Silencio.)*

Germán- Ya no necesitas estar allí para escribir. Imagina.

Claudio- Lo he intentado, pero no me sale. Necesito verlos. En la sala de profesores, en el seminario de Matemáticas, en la fotocopiadora, usted sabrá. Si no quiere que me echen de esa casa.

Rafa Padre- ¡Un ocho! ¿Ves cómo, si te lo propones, lo consigues?

*(Rafa y Rafa Padre chocan sus manos como baloncestistas que festejasen una canasta.)*

Rafa Padre- ¡Un ocho! ¿Y tú, Claudio?

Claudio- Un seis con cinco.

Rafa Padre- Tampoco está mal, un seis con cinco. ¡Un ocho! ¡Habrás que celebrarlo! ¿Lo sabe tu madre? ¡Ester! ¡Un ocho en el parcial de Matemáticas!

*(Rafa y Rafa Padre chocan sus manos.)*

Claudio- Mi seis con cinco tampoco les parece mal, empiezan a mirarme como a uno más del equipo. Me proponen jugar con ellos al baloncesto.

Rafa- Nos juntamos unos cuantos los sábados, de seis a ocho.

Rafa Padre- Anda, ánimo. No jugamos fuerte.

Claudio- Les contesto que tengo otros planes. Mientras me alejo de la casa, intento imaginarme a mí mismo y a mi padre botando una pelota y tirándola a un aro del que cuelga una redcilla. No, no consigo imaginarme a mí mismo y a mi padre botando una pelota y tirándola a un aro del que cuelga una redcilla. Sin embargo, eso es lo que hacen, cada sábado por la tarde, Rafa hijo y Rafa padre, y se alegran cuando la pelota entra y ponen cara de pena cuando no entra. ¿Y ella, qué hará ella mientras tanto? A las cinco y media del sábado estoy en el parque, en el banco desde el que los miraba este verano. A las seis menos cuarto veo salir a los atletas. A las seis toco el timbre, cuyo sonido es, por cierto, espantosamente cursi. Se abre la puerta y allí está, la mujer más aburrida del mundo.

Ester- ¿Al final te has animado? Pues se acaban de ir. Pero los llamo y vuelven por ti.

Claudio- No, no, es que ayer me dejé el libro. El de Matemáticas.

Ester- No lo he visto. Pasa a ver si lo encuentras.

Claudio- Me acompaña hasta el cuarto de Rafa. El libro, claro, no aparece.

Ester- El lunes preguntaré a Eliana si lo ha visto.

Claudio- Mi madre tenía unos parecidos, le digo, señalando sus pendientes. Se largó cuando yo tenía nueve años. No aguantaba a mi padre. Supongo que tampoco me aguantaba a mí. Mis palabras le causan impacto. Nunca falla, suelto lo de mi madre y me gana la simpatía de la gente. Se establece un vínculo. El otro desea compensarme. El otro desea ser mi madre.

Ester- ¿Quieres una Coca-Cola?

Claudio- La tomo en el salón. Ella toma un Martini. Hablamos sobre Rafa, sobre las Matemáticas, sobre lo mal que se le daban. Ella estudió Derecho.

Ester- Lo dejé para cuidar de los niños. Pero ahora que son mayores pienso sacar las tres asignaturas que me faltan.

Claudio- A las ocho, me digo: “Basta por hoy. Continuaremos el próximo sábado”. En el pasillo, me detengo a mirar las acuarelas de Klee: “Zerstörung”, “Unterbrechung”, “Hoffnung”, “Rettung”.

Ester- Son bonitos, ¿verdad?



Claudio- Ellos no saben alemán. Ellos no saben lo que tienen en casa. Los compraron para esta pared. Cuando cambien el color de la pared, cambiarán de cuadros. Estos ángeles son terribles.

Ester- Nunca lo habría pensado. ¿Te parecen ángeles?

Claudio- Son ángeles como los pintaría un niño. Las alas parecen garras. No vuelan, se los lleva el viento. “Zerstörung” quiere decir destrucción. “Unterbrechung”, interrupción. “Hoffnung”, esperanza. “Rettung”, salvación. Salgo de la casa a las ocho y diez. Me quedo en el parque hasta que, pasadas las ocho y media, veo a los Rafa entrar en la casa. Parecen contentos, como si hubiesen ganado el partido. Continuará.

Juana- Esto no puede acabar bien. Esto acaba mal.

Germán- (A Claudio.) ¿Qué demonios estás haciendo?

Claudio- Usted dijo que tenían que pasar cosas. Un personaje desea algo y le surgen dificultades. Conflictos. Que el lector se haga la pregunta de oro: ¿qué va a pasar?

Germán- ¿Dónde quieres ir a parar? ¿Qué es lo siguiente? ¿Citarte con ella en un hotel de carretera?

Claudio- No. Tiene que ser en la casa. Todo tiene que pasar en la casa.

Juana- Tienes que frenar a ese chico antes de que se estrelle. Supón que, por lo que sea, porque se suspende el partido o lo que sea, vuelven a casa y se los encuentran ahí, en el sofá, a la madre y al amigo.

Germán- Aquí no dice nada de sofá. El sofá te lo has imaginado tú.

Juana- Bueno, en el salón, él con la Coca-Cola y ella con el Martini. Rafa lo mata.

Germán- ¿El padre o el hijo?

Juana- Los dos. Lo matan.

Germán- O sea, que te lo estás tomando en serio. Pero si se ve que la mitad es inventado. Está fabulando.

Juana- ¿Está fabulando?

Germán- Es un refrito de películas mal digeridas: “Rebelde sin causa”, “El Graduado”...

Juana- Pues si fabula, fabula bastante bien. Resulta todo muy creíble.

Germán- Tiene madera de narrador. Nunca había tenido un alumno así. No quiero que se lo crea, pero ese chaval, bien orientado... Muchas veces,

cuando hablo, siento que sólo me sigue él. Tengo la impresión de que sólo él me entiende.

Juana- ¿Sólo él?

Germán- De mis alumnos.

Juana- Rafa también es alumno tuyo. ¿No tienes una responsabilidad para con él?

Germán- Claro que sí.

Juana- Te resulta emocionante pensar que has descubierto a Franz Kafka, ¿eh?, que estás educando a Kafka. No sé si es Kafka. Lo que sé es que esto no acaba bien. Ésta es una de esas historias en que todos acaban perdiendo.

Germán- (A Claudio.) Me parece que no sabes en lo que te estás metiendo. ¿Qué demonios es esto? ¿Una sátira de la clase media? ¿Un folletín sentimental? ¿Un “Bildungsroman”?

Claudio- ¿Un qué?

Germán- ¿No sabes alemán? Todo eso de “Zerstörung”, “Rettung”...

Claudio- Se lo pregunté a mi padre. Vivió en Berlín cuando joven. También me explicó quién era Paul Klee.

Germán- Tu padre podrá explicarte que un “Bildungsroman” es una novela que describe la formación sentimental de un muchacho. Creía que se trataba de eso, del paso de un chico a la madurez. Pero ahora no estoy seguro de qué estás haciendo. ¿Lo sabes tú, qué estás haciendo?

Claudio- Hago lo que usted me dice, maestro.

Germán- Yo no te he dicho que tires los tejos a una señora que podría ser tu madre. Y no me llames maestro. (Silencio.) ¡Un seis con cinco en Matemáticas! Tu padre estará orgulloso. En otras asignaturas parece que te va peor. Por Historia hace días que no se te ve el pelo. Lo mismo en Inglés. ¿Por qué no vas a clase de Inglés?

Claudio- No le veo el sentido.

Germán- ¿Y a clase de Historia?

Claudio- Menos.

Germán- Si no estás en clase, ¿dónde estás?

Claudio- En la biblioteca, escribiendo.

Germán- ¿Lo sabe tu padre?

Claudio- Mi padre lo sabe todo.

Germán- ¿Y qué dice él de todo esto?

Claudio- Mi padre no dice nada.

Germán- Me gustaría conocerlo. ¿Por qué no le dices que venga a verme?

Claudio- Mi padre no es un personaje de esta historia. Mi padre no sale.

*(Entrega varios folios a Germán, que le da un libro. Claudio se va a leerlo. Germán guarda los folios en la cartera y va a su casa. Da un beso a Juana. En cuanto Germán desaparece, Juana le abre la cartera, busca, saca los folios y se pone a leerlos. Lo que lee la decepciona. Germán la sorprende leyendo.)*

Juana- Lo que más me indigna es...

Germán- Te indigna, ¿eh?

Juana- Me indigna cómo trata al pobre Rafa.

Germán- Bueno, le está enseñando Matemáticas, ha sacado un ocho. Peor la pone a ella. Una hora al teléfono con su amiga Concha hablando del precio del metro cuadrado. Vaya un tema: “El precio del metro cuadrado”. ¡Un poquito de metafísica, por Dios!

*(Saca un libro de su biblioteca.)*

Juana- ¿Vas a dejarle “La montaña mágica”? ¿No te estarás pasando? Sólo tiene diecisiete años.

Germán- Yo lo leí a los catorce.

Juana- Yo le daría “Los tres mosqueteros”, a ver si la cosa avanza un poco. Tanto diálogo sin ton ni son, tanto hablar sin que pase nada... Se le está poniendo un tono como de... ¿Teatro del absurdo? Ella rajando al teléfono y el padre sintonizando el televisor de plasma mientras el hijo le lee las instrucciones... en francés, porque no encuentran las otras, aunque no saben francés... ¿Intenta decirnos que sus vidas son absurdas? Son una familia normal.

Germán- ¿Hay una familia “normal”? ¿No hay algo anormal, monstruoso incluso, en el concepto mismo de familia?

Juana- Su letra está cambiando. Es menos infantil. Está escribiendo mucho.

Germán- Calculo que tendremos unas cincuenta páginas.

Juana- No se te estará pasando por la cabeza publicarlo. Enviarlo a un premio o algo así. No podéis hacer eso.

Germán- Es mejor que casi todo lo que se publica hoy en día. (*A Claudio, con los últimos folios en la mano.*) Diálogos ágiles, situaciones con chispa... Nada que no se pueda encontrar en mil series de televisión. ¿A eso aspiras, a escribir para la tele? Lo has escrito con pereza, se siente la pereza. Los círculos rojos son tópicos. Tiene mérito: doce tópicos en tres folios. “Una mueca de impaciencia se dibujó en su rostro”. Antes que tú, un millón de escritores han escrito esta frase. La palabra “patético” aparece tres veces. Lo patético es tener tan poco vocabulario. Y ese afán por contar todo. Confía en el lector, él completará. Evita describir los estados de ánimo de los personajes, haz que los conozcamos por sus acciones. Me sigue preocupando Rafa, el chaval. Cada personaje tiene que ser indispensable, Rafa sólo existe como soporte de Claudio. Pero no sólo él, también Ester y Rafa Padre son sepultados por la voz del narrador. Tú no eres tan interesante, apártate para que podamos verlos a ellos. La escena debería comenzar cuando el padre entra con la caja “Made in China” y acabar con lo que dice Claudio a Ester cuando se quedan solos: “El día que mi madre se fue, mi padre tiró la tele por la ventana”. Ése es el secreto de una buena escena: llevar la acción mansamente y, de pronto, golpear al lector. Esta otra frase es buena, es la mejor frase que hayas escrito nunca, pero no sirve, no es una frase para esta novela. El último párrafo es pura palabrería. Quieres imitar a Poe, pero estos folios no valen ni una coma de Poe.

*(Tacha el párrafo y da a Claudio los folios, plagados de marcas rojas.)*

Claudio- Si usted sabe cómo hacerlo, ¿por qué no lo hace?

Germán- Lo intenté. Hace años. Hasta que me di cuenta de que no era lo bastante bueno. Tú tampoco, tampoco tú eres lo bastante bueno, pero podrías serlo. Tienes un don. Si lo respetas, algún día serás un escritor.

*(Silencio.)*

Germán- Hay algo de lo que todavía no hemos hablado. Hasta ahora hemos evitado hablar de ello, pero ya no podemos postergarlo más tiempo. El título. El título compromete. El título establece un pacto con el lector. El título le orienta acerca de qué ha de valorar, en qué ha de fijarse: “Guerra y paz”, “Los hermanos Karamazov”... ¿Qué tal “El chico de la última fila”?

*(Silencio.)*

Claudio- Yo he pensado “Los números imaginarios”.

*(Silencio.)*

Germán- El título no es lugar para hacer literatura, la literatura que no se ha sabido hacer en la obra. “Crimen y castigo”, “Tío Vania”...

Claudio- A mí me gusta “Los números imaginarios”.

Germán- Vamos a dejarlo por hoy, se te ve cansado. Esta mañana, en clase, te dormiste. ¿Tanto te aburrías?

Claudio- Me pasé la noche escribiendo.

*(Da a Germán más folios. Germán le da “La montaña mágica”.)*

Claudio- No sé si deberíamos hacer esto en otro lugar. Los otros empiezan a murmurar: “¿Por qué éste se queda todos los días después de clase?”. La gente tiene mucha imaginación.

*(Se va. Germán lee los folios.)*

Claudio- Siguen tan contentos con su ocho que me invitan a cenar. El primer plato lo cocina el padre: una sopa que aprendió a hacer en China.

Rafa Padre- Lo cocinan todo. En un restaurante al pie de la muralla nos pusieron un filetito, buenísimo, pero no se sabía si era carne o pescado. ¿Sabéis qué era? ¡La membrana del pie del pato!

Rafa- En clase tenemos dos chinas.

Claudio- Hay un cuento de Kafka titulado “La construcción de la muralla china”. Me lo prestó Germán, el de Literatura.

Ester- Rafa dice que es un poco raro ese hombre, ¿no? Que se le ve amargao.

Claudio- Eliana entra con el segundo plato. Ester la mira mal. Eliana se retira en silencio con los platos sucios.

Rafa Padre- ¿Pasa algo?

Ester- Ella sabe lo que pasa.

Rafa Padre- ¿?

Ester- El chaquetón de ante, se lo metí en una bolsa con cosas para la parroquia. Pues el domingo estoy con Concha en el centro y nos la encontramos, y veo que Eliana...

*(Llega Juana. Germán levanta la vista del folio.)*

Juana- Pensaba que ibas a buscarme para comer juntos.

Germán- Se nos fue el santo al cielo discutiendo sobre los nombres. A mí no me dicen nada esos nombres: Ester, Rafa... Aparte de la confusión entre el padre y el hijo. Pero ya sabes lo cabezota que se pone: “Es así como se llaman”... ¿Ha pasado algo?

Juana- Esta mañana me encuentro un cartel de “Se alquila”. Las llamo recordándoles que dijeron un mes. Y me dice que sí, Rosario o Eugenia, nunca sé con cuál hablo, que tengo hasta el treinta. Pero el caso es que ya han colgado el cartelito.

Germán- Es para meterte presión. Tú a lo tuyo. Tienen un compromiso contigo.

Juana- Quizá el problema no esté en el contenido. No sé cuántas veces se lo dije a Bruno, que teníamos que cambiar el nombre. “El Laberinto del Minotauro”, la gente no sabe si es una galería o qué sé yo, la gente pasa de largo. ¿Qué te parece esto?

*(Saca algo de una caja.)*

Germán- Parece un bolso.

Juana- Es un bolso. Artesanía africana. También tienen mochilas, carteras, monederos...

Germán- Es bonito.

Juana- Bah.

Germán- ¿Por qué “Bah”? Es realmente bonito.

Juana- No quiero convertirme en una tendera.

Germán- ¿Qué tiene de malo ser una tendera? Los tenderos saben lo que venden: trescientos gramos de lentejas, dos metros de lana, una mochila de cuero... Saben lo que venden.

Juana- Bah.

*(Deja la bolsa y se sienta a leer junto a Germán.)*

Ester- Pues el domingo estoy con Concha en el centro y nos la encontramos, y veo que Eliana lleva puesto el chaquetón. Concha se dio cuenta en seguida: “¿No es ése tu chaquetón?”.

Rafa Padre- Bueno, es su día libre.

Ester- ¿Me estás escuchando, Rafa? Lo llevaba puesto, mi chaquetón.

Rafa Padre- Debió pensar que ya no lo querías. Si lo ibas a dar a la parroquia...

Ester- Hombre, Rafa, hombre.

Rafa Padre- No sé por qué le das tanta importancia. Lo dabas por perdido.

Ester- Es el detalle, Rafa.

Rafa Padre- Habla con ella. Dile lo que te ha molestado.

Ester- Preferiría que se lo dijese tú.

Rafa Padre- Se lo diré yo. Después de la cena se lo digo.

Claudio- Pero ya no disfruta de la cena, está inquieto, va a la cocina a hablar con Eliana. Cuando vuelve, la carne se le ha quedado fría. A las nueve enciende la tele, para ver las noticias.

Ester- Se veía mejor la vieja.

Claudio- La primera imagen es de unos chicos franceses quemando un coche.

Rafa Padre- Esos chicos no tienen horizonte. Les han cerrado todas las puertas. Así expresan su rabia contra un sistema que los excluye.

Claudio- Rafa es socio de “Amnistía Internacional”. Ester, de “Médicos sin Fronteras” y de una plataforma contra la experimentación con animales en la que le metió su amiga Concha. Después de las noticias de deportes, Rafa Padre sale a la terraza a fumar. Yo salgo con él. Nunca he visto el parque desde allí. Este verano, muchas noches, los vi a los tres cenando en la terraza, y ahora yo estoy aquí, viendo el parque desde la casa. A la luz de las farolas, reconozco al borracho que da de beber a los patos, a los yonquis, a los negros. Rafa Padre corre cinco kilómetros cada tarde en ese parque, pero ahora su mirada va mucho más allá. Su mirada llega hasta China.

Rafa Padre- La gente tiene miedo a China. Pero China es nuestra gran oportunidad. China...

Claudio- Un portazo. Al poco, entra en la terraza Ester.

Ester- Pero tú has visto... Eliana. Se ha ido. Con la maleta.

Rafa Padre- ¿Se ha ido?

Ester- Sin despedirse.

Rafa Padre- No será por lo que le he dicho de tu chaquetón. No he dicho nada que haya podido ofenderla.

Ester- Ahí lo ha dejado, en la cocina. Al menos se podía haber despedido de Rafa.

Claudio- Desde la terraza veo a Eliana, calle abajo con su maleta. Continuará.

*(Silencio.)*

Germán- Todo esto del chaquetón, ¿qué aporta a la trama? Si quitamos esta escena, ¿qué se pierde? A menos que... ¿Intenta Claudio aproximarse a Rafa Padre? Sí, eso es, está intentando acercarse a él.

Claudio- ¿Acercarme yo a ese hombre?

Germán- Con lo que puede provocar una reacción de Rafa Hijo, que por ahora es un personaje sin conflicto. Míralo, toda la noche de convidado de piedra, se ve que no sabes qué hacer con él. Sí, Claudio, tienes un serio problema con este personaje.

*(Pausa. Claudio se vuelve hacia Rafa, lo observa. Por fin, saca unos folios y un bolígrafo y empieza a escribir. Rafa y Claudio se sientan a la mesa en que suelen estudiar.)*

Rafa- Fue como dejarme en pelotas. Nunca me había sentido tan humillado.

Claudio- Concéntrate en esto y olvídate de ese gilipollas. Siete equis al cuadrado más dieciséis i griega al cuadrado igual ciento doce. Sin dibujarla, tienes que ver que es una elipse. ¿Lo ves, que es una elipse?

Rafa- Sí. Creo que sí.

Claudio- ¿Cómo que crees que sí? Es una elipse por este signo. Si le cambiamos el signo, ¿qué es?

*(Silencio.)*

Claudio- Sería una hipérbola. Pero esto es una elipse, por este signo. Vamos a calcular sus focos. ¿Qué es lo primero que tenemos que hacer?

Rafa- Fue como dejarme en pelotas delante de toda la clase.

Germán- Sí que se lo ha tomado mal.

Claudio- No debió hacerle eso. Y menos insistir cuando la gente empezó a reírse. Cuando oyó las primeras risas, debió cortar, pero en lugar de eso se creció, animado por las risas.

Juana- ¿Dijiste a Rafa algo desagradable? A veces eres bastante ácido.

Germán- Me limité a corregir sus errores sintácticos y conceptuales.

Rafa- Me gustaría que se sintiese como yo me sentí. Le daba de hostias. Le daba de hostias y le quemaba el coche.

Claudio- No tiene coche.



Rafa- Le daba de hostias.

Claudio- Podías hacer algo mejor. Un artículo en “La Antorcha”. Un artículo exponiendo lo que pasó y tu punto de vista.

Germán- ¿Le has animado a que escriba un artículo contra mí?

Juana- Tú diriges la revista. ¿Lo vas a publicar?

Germán- Depende de cómo esté escrito.

Juana- Pero un artículo contra un profesor...

Germán- Todo el mundo tiene derecho a escribir en “La Antorcha”.

Juana- Pero no se podrá escribir cualquier cosa. Supongo que no se podrá escribir algo racista o machista o meterse con alguien. No es el sitio para discutir los métodos de un profesor.

Germán- No voy a poner en peligro el prestigio de “La Antorcha”. Con su sección de actualidad escolar, sus fotos del viaje de fin de curso, sus notas de homenaje a profesores jubilados, su página de chistes y pasatiempos, su cuadernillo central de poemas cursis y relatos estúpidos. No, nadie podrá decir que “La Antorcha” censura.

Juana- ¿Por qué no hablas con Rafa? Para quitarle hierro al asunto. Por él, para evitar que se meta en un lío.

Germán- Yo no sé que vaya a escribir ningún artículo. Se supone que no sé nada de lo que pone aquí.

Claudio- ¿Sabes cómo podrías titularlo? “La pizarra vacía”.

Rafa- “La pizarra vacía”. Mola.

Claudio- Pero ahora vamos a centrarnos en esto. Me vas a calcular los focos de estas elipses. (*Escribe tres ecuaciones; Rafa intenta calcular los focos.*) Yo me voy a dar una vuelta. En la biblioteca del salón tienen libros realmente buenos, ordenados por tamaños. Hay un estante lleno de álbumes marcados con etiquetas: “2004”, “2003”... Abro “1989”: cuando Rafa nació. La primera foto es de Marta, la hermanita, sosteniendo al bebé. Vuelvo al cuarto de Rafa, a ver cómo va. Le doy una pista para la segunda elipse y reanudo mi paseo. Entro en el despacho de Rafa Padre. El ordenador. No, no voy a abrirlo. La mesa tiene dos cajones. En el primer cajón, una grapadora, una barra de pegamento, carpetas: “Proyecto juguetes Bianjan”; “Proyecto bisutería Junjin”... Segundo cajón: las escrituras de la casa, muchas ordenadas por fecha, una radiografía, un fajo de postales de Marta, la última de hace tres años.

Miro la radiografía al trasluz: es una columna vertebral. Ruido a mi espalda, me vuelvo: Luba. Cuando Eliana se fue, en la casa se vivió como si hubiera habido un terremoto, hasta que encontraron a Luba. Luba, que se educó en el comunismo, hace como que no me ve y sigue barriendo el pasillo. La radiografía parece de una mujer, sí, es una mujer. Salgo del despacho. La siguiente puerta es la del matrimonio. La cama. En las mesillas, los libros que realmente leen. Ella: “La fórmula de la felicidad. Aprende a ser tu mejor amiga”. Él: “¿Quién se ha llevado mi queso? Cómo adaptarnos a un mundo en constante cambio”. El armario. Siete pares de zapatos de mujer. Una puerta que da a un cuarto de baño. Un armarito con cosas de afeitar, crema antiestrías, “Gelocatil”, “Efferalgán”, “Lexatin... Me pongo la colonia de Rafa Padre y vuelvo al cuarto de Rafa. No puede con el tercer ejercicio. Ésta no es una elipse. Es una hipérbola.

Rafa- Ah.

Claudio- ¿Pero ves por qué?

*(Silencio.)*

Claudio- Oigo la llave en la cerradura. Oigo a Ester preguntar a Luba por la cena. “No hay vino blanco, señora”. “Baja a los chinos”. Oigo sus pasos acercándose. Da un beso a Rafa. A mí me saluda con sonrisa maternal. Oigo sus tacones alejándose hacia el salón.

Rafa- ¿Y no podría ser una circunferencia?

Claudio- Al rato, llega él. También él viene a dar el beso a Rafa. Lo noto preocupado.

Ester- Me han puesto una multa por aparcar en una esquina. No podía con tanto paquete. ¿Estás bien?

Rafa Padre- ¿Te acuerdas de aquel chino, Juanito? Resulta que, hasta hoy no me he enterado, resulta que se fue sin firmar. Hasta el pitido final hay partido. No se pusieron de acuerdo en el porcentaje. Pues esta tarde me llama Mariano y me saca la factura del restorán. Que si no había un sitio más caro. Pero si insistió en que quedase contento. No lo llevé a uno supercarísimo. Eso sí, se le antojó el vino más caro de la carta, y yo, ¿qué iba a hacerle?

Ester- Pero ¿cuánto es?

Rafa Padre- Encima que me llama a casa, que me dice que está en cama con fiebre...

Ester- Pero ¿cuánto?

Rafa Padre- Doscientos setenta euros.

Ester- Pues lo pones de tu bolsillo y te olvidas.

Rafa Padre- Si no es por el dinero. Es porque están jodidos porque el chino no firmó. Si el chino firma, ni me mencionan esa factura.

Claudio- Bajan la voz cuando me ven. Mi mirada está sobre la acuarela titulada “Zerstörung”, que quiere decir “Destrucción”.

Ester- ¿Y qué vas a hacer?

Rafa Padre- Esperar a que amaine. En cuanto se olviden del chino, se olvidarán de la cena y de los trescientos euros.

Ester- ¿Trescientos?

Rafa Padre- Con la propina.

*(Silencio. Ester observa a Rafa Padre.)*

Ester- Rafa...

Rafa Padre- ¿Sí?

Ester- ¿No te parece que leemos poco?

Rafa Padre- ¿Que leemos poco? ¿A qué viene eso?

Ester- No, nada.

*(Silencio.)*

Ester- Mañana es el cumpleaños de Marta. ¿No crees que deberíamos llamarla?

Rafa Padre- La última vez me colgó. Ella jamás llama. Sólo llama a Rafa. Sus padres no existen para ella.

Juana- Ester está mal.

Germán- ¿Por qué?

Juana- “Lexatin” es un ansiolítico.

Germán- Yo tomo “Prufax”. La mitad de mis compañeros toma ansiolíticos. ¿Y cómo sabes que es de Ester y no de él?

Juana- Él es más equilibrado. No entiendo por qué Claudio no abre el ordenador. ¿Qué diferencia hay entre un ordenador, un cajón, una puerta?

Germán- ¿Por qué Claudio no abre el ordenador?

Claudio- Lo que Claudio busca no puede estar en el ordenador. A Claudio ya sólo le interesa Ester. El secreto de Ester. Cuando entró en la casa, creía saberlo todo sobre ella. Pero ha descubierto que no la conoce.

*(Silencio.)*

Germán- En ese caso, falta una escena. *(Hojea la carpeta.)* Entre la escena de la terraza y ésta, falta otra que justifique esa transformación de Claudio.

*(Silencio.)*

Claudio- En la terraza, de día. *(Silencio.)* Esa escena ocurrió, pero no la veía necesaria.

*(Saca papel y bolígrafo.)*

Germán- Esa radiografía... Espero que no nos salgamos con un cáncer o algo así. De todas las cosas que odio, la que más odio es la manipulación sentimental del lector. Buscar las lágrimas del lector: no hay nada más despreciable.

*(Claudio se pone a escribir la escena.)*

Claudio- La terraza está abierta... Ella está allí... comiendo una manzana... "Hace frío", le digo...

Germán- Rafael, ¿puedes quedarte un minuto?

*(Rafa se acerca.)*

Germán- El otro día, cuando te saqué a la pizarra... Al final tuve la impresión... Me pareció que no entendiste que mi intención era...

*(Silencio.)* ¿Te gusta el baloncesto?

Rafa- Pues sí.

Germán- Es como si tu entrenador te corrige el tiro, o el modo de botarla... No sé, no entiendo de baloncesto.

*(Le tiende un libro. Rafa lo mira y se lo pasa a Claudio.)*

Rafa- Parecía que quería hablarme, pero no tenía nada que decir. Y al final va y me da esto. *(Imitando a Germán:)* "No lo subrayes, ni le dobles las esquinas, ni lo dejes abierto boca abajo".

Claudio- Le presté "Carta de Dublín". No puedo creerlo.

Germán- ¿Qué no puedes creer? ¿Que le prestase "Carta de Dublín" o que le prestase un libro? También él es alumno mío. "Carta de Dublín" es la historia de una confusión. La protagonista vive como ofensa lo que sólo fue un malentendido...

Juana- Creo que lo he encontrado, creo que al fin lo tengo. (*Enseña un catálogo a Germán.*) Se está hablando mucho de ella en Holanda. Aquí todavía no ha expuesto.

Germán- ¿China?

Juana- De origen, pero nacida en Los Ángeles. Se ha propuesto revisar la tradición caligráfica desde una perspectiva de género.

Germán- “Desde una perspectiva de género”. Ya sabes lo que pienso de esas perspectivas. Si era chico o chica, homosexual o heterosexual, blanco o negro, vertebrado o invertebrado... Prefiero olvidarme de esas perspectivas cuando veo un Velázquez, cuando oigo a Mozart o cuando leo a Goethe.

Juana- Pero ¿qué te parece? Yo lo veo bastante accesible para un espectador medio.

Germán- ¿Cuál es la diferencia entre “El cielo de Shanghai 6” y “El cielo de Shanghai 7”?

Juana- No hay dos piezas iguales en la serie. Son variaciones infinitesimales generadas aleatoriamente por ordenador.

Germán- Pero ¿representa algo? ¿Significa algo?

Juana- No representa nada, es pura presencia. Frente a representación, presentación. ¿No es cierto que se impone al observador con su contundente materialidad?

Germán- La verdad es que sí, asusta un poco. (*Hojea el catálogo.*) ¿Puedo llevármelo?

Juana- Sí, sí, míralo tranquilamente y me dices algo.

(*Germán guarda el catálogo en su cartera. Claudio acaba de escribir la escena y se la da a Germán, que la lee.*)

Claudio- La terraza está abierta. Ella está allí, comiendo una manzana. (*A Ester.*) Hace frío.

Ester- Me gusta este tiempo.

(*Muerde la manzana.*)

Claudio- El parque es muy distinto de día que de noche. Veo los niños de los columpios, un grupo de jubilados haciendo Tai-Chi, los negros, éstos sí están ahí a todas horas, de día o de noche.

Ester- Allí aprendió Rafa a andar. Y Marta, ahí nos pasábamos el día los tres. No eran los mismos columpios. Eran de hierro.

Claudio- Señala los columpios. La luz de la tarde se desliza por su brazo. (A Ester.) ¿Ves aquel banco? Yo te he visto muchas tardes desde allí este verano.

*(Silencio. Ester hace una mueca de dolor, las piernas le fallan. Claudio la ayuda a sostenerse.)*

Ester- Es la columna. Estoy operada, un apaño, no tiene solución. He probado con acupuntura, pero nada. Se me carga y me da el latigazo. No puedo estar mucho tiempo de pie. Ni puedo correr, antes salía a correr con Rafa. Y no puedo bailar.

Claudio- Pienso en los siete pares de zapatos que vi en su armario. Me pregunto con qué zapatos bailaba, cuando todavía podía hacerlo. Me la imagino bailando con los zapatos rojos. Me la imagino bailando en el parque, con los pies descalzos, sobre las hojas amarillas del otoño.

*(Claudio coge la manzana del suelo, la muerde y se la da a Ester.)*

Germán- “Me la imagino bailando en el parque, con los pies descalzos, sobre las hojas amarillas del otoño”. Cuando escribiste esto, ¿acababas de zamparte un bote de melocotones en almíbar? La manzana, ¿es un símbolo?, ¿un puto símbolo?, ¿o es sólo una manzana? “Los pies descalzos”, “las hojas amarillas”... ¿Quieres acabar de redactor de catálogos de arte? *(Saca el catálogo que Juana le dejó; lee.)* “¿Qué es lo que se ve en las obras de Feng Tang? Lo que se ve en estas piezas es el silencio. Nacidas en un no lugar entre Oriente y Occidente, estas presencias mudas combaten el ruido del mundo, el ensordecedor griterío bla-bla-bla”. Que las palabras sirvan para esto... La peor literatura se hace en los catálogos de arte contemporáneo. Poesía basura, jerga de rufianes, cuentos chinos. Todo para vender esto, fíjate en la foto. Es arte porque alguien ha escrito eso, si no sería una mierda. ¿Se te ocurre un trabajo más triste para un escritor? Sí, escribir un discurso para la ministra de Educación: “Junta doscientas palabras para justificar esta cagada”. Mi mujer vende este tipo de cosas. Lleva una galería, “El Laberinto del Minotauro”, o sea, un lugar para extraviarse. La han heredado dos señoras con sentido común, dos que llaman al pan pan y al vino vino, y le han dicho que se deje de exponer arte para enfermos o le cierran el chiringuito. El fraude empieza por el título: “El cielo de Shangai”. También se podía llamar “King Kong” o “Lo que el viento se llevó”. Es la peor alianza: artistas sin talento y escritores corruptos. “Me

la imagino bailando en el parque con los pies descalzos, sobre las hojas amarillas del otoño”. No, Claudio, éste no es el camino, y tú lo sabes.

*(Silencio.)*

Claudio- ¿Algo más?

Germán- Lo de los zapatos. Además de una cursilería, es una incongruencia. Si esta escena es antes de la del dormitorio, todavía no habías encontrado los siete pares de zapatos. Tendría sentido si utilizases el pretérito: el narrador mezcla recuerdos, confunde los tiempos... Pero utilizando el presente...

*(Silencio.)*

Claudio- ¿Más?

Germán- Esa manía tuya de las listas. Lista de medicamentos, lista de gente del parque, lista de...

Claudio- Lo aprendí en Scott Fitzgerald. En “Suave es la noche”.

*(Silencio.)*

Germán- No lo he leído.

Claudio- “Nicole lanzó una mirada sobre la playa: un hombre tomando el sol, dos mexicanos jugando a la pelota, un muchacho a punto de tirarse al agua”. Se trata de ponerse en los ojos del personaje. En su punto de vista. Por cierto, ¿ha leído ya el artículo de Rafa? Hemos hecho una apuesta. Él dice que usted no va a publicarlo.

*(Silencio. Germán tiende a Juana el artículo de Rafa.)*

Juana- “La pizarra vacía”.

*(Lo lee.)*

Juana- Le hiciste escribir su redacción en la pizarra y fuiste borrando las frases que tenían error. Borraste frases una a una hasta dejar la pizarra en blanco. ¿Fue eso lo que hiciste?

Germán- Sí.

Juana- Entonces, tiene razón en estar enfadado contigo.

Germán- ¿Ah, sí?

Juana- Fue como desnudarlo en público. Primero me quitas la camisa, luego el pantalón...

Germán- Mira, ya sabes lo que pienso de la literatura simbólica. No entiendo de símbolos. Para mí, una manzana es una manzana, y corregir una redacción en la pizarra es corregir una redacción en la pizarra.

Juana- Y lo hiciste entre las risas de sus compañeros.

Germán- Bueno, quizá tenía que haber parado cuando empezaron a reírse.

Juana- Está bastante bien escrito, ¿no? Y bien argumentado, este chico razona.

Rafa- “Unos padres deciden sacar a su hijo de la escuela y que se eduque por Internet. ¿Qué opinaría Aristóteles?”. (*Silencio.*) Aristóteles cree que la educación es demasiado importante para dejarla en manos de la familia”. O sea que, según Aristóteles, a esos padres habría que detenerlos. Según Aristóteles...

Claudio- La Filosofía me da sueño. Cierro los ojos. Aristóteles. Familia. Destrucción. Zerstorung. Alemania. Grecia. China...

Germán- ¿Qué demonios es esto?

Claudio- La conciencia de Claudio. Un monólogo interior.

(*Silencio.*)

Germán- Así que lo has encontrado: James Joyce. Nadie ha hecho tanto daño. Esas escombreras de palabras, ¿es eso la conciencia? El arte debe iluminar el mundo, no extender la confusión. El siglo veinte: dos guerras mundiales y James Joyce. No todo el siglo veinte fue terrible, está Kafka, y Thomas Mann. Pero Kafka más Thomas Mann no valen un párrafo de Dostoievski... James Joyce: no lo encontrarás en mi biblioteca.

Claudio- Después de nuestro cuarto de hora de Filosofía, pongo a Rafa tres problemas. El último dice: en el triángulo BDE, BD mide tres metros, DE cuatro, BE cinco. Hallar la distancia AD si los ángulos señalados en el dibujo son rectos. No sabe ni por dónde empezar. Pero tiene mucho amor propio, no se da por vencido. Se nos hace de noche.

Rafa Padre- ¿Sabéis qué hora es?

Rafa- Estos problemas son un lío.

(*Rafa Padre lee el enunciado del problema.*)

Rafa Padre- (*A Claudio.*) Puedes quedarte a dormir, si sirve para que acabéis los problemas. (*A Rafa.*) Puede quedarse en el cuarto de Marta. (*A Claudio.*) ¿Quieres llamar para avisar?



Claudio- No, gracias, no necesito avisar. Nos dan las doce con los problemas. En el salón todavía hay luz y ruido de tele. Rafa me lleva al cuarto de Marta, que ahora es el cuarto de la plancha.

Rafa- Está en Irlanda, estudiando inglés.

Claudio- Es el cuarto de una niña de catorce años, aunque Marta debe de tener unos veinte. Hay una estantería llena de Barbies. Pero si están... Una manca, otra tuerta... Están todas mutiladas, las pobres. Rafa me presta un pijama. Me está grande. Le da risa verme en un pijama tan grande.

Rafa- A ver si te vienes un sábado a jugar al baloncesto. Da igual si no juegas bien, la cosa es pasar un buen rato. Hacer unas risas, cabrearse con el árbitro, tomar algo después del partido...

*(Silencio.)*

Rafa- Gracias por ayudarme con el artículo. Me estás ayudando mucho. Me estás demostrando que eres un verdadero amigo.

*(Silencio.)*

Rafa- ¿Sabes lo que a veces me dan ganas a estas horas? Muchas noches me dan ganas de salir por ahí a hacer algo, como esos chavales franceses, salir a quemar coches o lo que sea, cuando estoy más hasta los cojones.

Claudio- Por fin se va a su cuarto. Yo me echo en la cama y miro el techo. Oigo voces en el pasillo.

Rafa Padre- Tendríamos que haberle puesto un profesor particular. Todavía estamos a tiempo.

Ester- Si en Matemáticas es en lo que mejor va.

Rafa Padre- Si le cundiese más, le daría tiempo para las otras asignaturas.

Claudio- La casa se va quedando en silencio. Espero un rato antes de salir. Camino a ciegas por el pasillo, hasta que mis ojos se acostumbran a la oscuridad. Los cuatro ángeles, colgados de la pared como murciélagos. El cuarto de Rafa.

*(Se acerca a Rafa, que duerme.)*

Claudio- Duerme nervioso, con un gesto extraño.

*(Lo arropa.)*

Germán- No, no es verosímil. Lástima, porque la imagen tiene fuerza: Claudio moviéndose de noche por la casa, como un ángel o un vampiro, mientras ellos duermen. Tiene fuerza, pero no es verosímil.

Claudio- No será verosímil, pero es verdad. Es lo que pasó.

Germán- Si no es verosímil, no vale, aunque sea verdad.

*(Silencio. Claudio rompe la redacción. Silencio. Germán recupera los fragmentos y lee.)*

Claudio- El cuarto del matrimonio. En la mesilla de él: “Basket aplicado al management” y “Confucio aplicado al management”. En la de ella: “La construcción de la muralla china”.

*(Se acerca a Ester y Rafa Padre, que duermen.)*

Claudio- Él duerme abrazado a su cintura. Respira mal. Ella sonríe. Tiene la piel muy blanca. Los pies son de niña pequeña.

*(Acaricia los pies de Ester.)*

Juana- ¿Es que no tenéis respeto a nada? Es un chaval de diecisiete años. Si realmente te importa, deberías sacarlo de esa casa antes de que se haga daño. Te lo dije desde el principio: éste no va a parar hasta que alguien le dé un buen guantazo.

Germán- *(A Claudio.)* Has ido demasiado lejos. Es el momento de parar.

Claudio- ¿Quiere que lo deje?

Germán- Ni una línea más.

Claudio- Fue usted el que me metió en esto. Aquella mañana, yo estaba a punto de tirar mis libros y salir corriendo. Cada clase era más insoportable que la anterior. Pero usted nos mandó escribir aquella redacción. Usted nos mandó escribir y ya no puedo parar.

Germán- ¿No puedes dejar de escribir? Escribe. Sobre tu familia, por ejemplo.

Claudio- Me gustan estos personajes. Tengo que seguir escribiendo sobre ellos.

Germán- En ese caso, yo no voy a seguir leyendo.

*(Silencio. Claudio saca unos folios, los deja ante Germán y se va. Al rato, Germán toma los folios y lee.)*

Ester- ¿Estás disgustado? ¿Siguen mareándote con aquel chino?

Rafa Padre- Va a resultar que si no firmó fue por mi culpa.

Ester- ¿Por tu culpa?

*(Silencio.)*

Rafa Padre- Aquella noche, después de la cena, estuvimos en un local y Juanito, que ya iba cargado, montó un escándalo. Se enfadó con una chica, casi la pega en plena pista de baile. Lo saqué de allí como pude, para evitar que le diesen dos tortas, que me las pude llevar yo. Y ahora resulta que no lo traté bien y que por eso no firmó.

Ester- ¿Estuvisteis en un local?

Rafa Padre- Él quería tomar una copa.

Ester- ¿Cómo sabías que existía ese sitio? ¿Habías estado antes?

Rafa Padre- En la vida.

Ester- Entonces, ¿cómo sabías?

Rafa Padre- Se sabe que hay esas zonas.

*(Silencio.)*

Rafa Padre- Estas cosas funcionan así. Hay que tener al socio contento. Hay socios que quieren ir al Museo del Prado, socios que quieren ir al Bernabéu y socios que son unos cerdos.

Ester- Pero ir a un puticlub, por muy socio que sea, vamos yo no lo entiendo, a mí no me entra en la cabeza.

Rafa Padre- No es un puticlub. Es un bar en el que hay mujeres.

Ester- Un bar de mujeres, muy bonito.

Rafa Padre- Nunca había estado allí. No voy a esos sitios. Siempre lo hace Mariano, a él le van esas cosas, a mí no. Por compañerismo no supe negarme y me cayó el marrón.

Ester- Me vas a decir que estuviste a disgusto. No bebiste, ni bailaste. ¿O sí que bailaste?

Rafa Padre- Tomé una copa, por acompañarle.

Claudio- Ella enciende la tele, la pone muy alta. Él se va a la calle a fumar. Es el momento. Sé que es el momento, pero, por primera vez desde que empezó todo, tengo miedo.

*(Claudio y Ester se miran en silencio. Claudio da a Ester un papel y se va. Ester lo lee. Juana abre una caja en cuyo exterior hay etiquetas en inglés.)*

Juana- No sé qué precio proponer a la artista. Esta pieza, por ejemplo. ¿Seiscientos?

*(Germán se acerca a mirar el contenido de la caja.)*

Germán- ¿Seiscientos? ¿Quién pagaría seiscientos por esto?

Juana- ¿Ése es el problema, el precio? ¿Y si costase sesenta?

Germán- Si costase sesenta... Aún sería demasiado caro. Pero si costase seis euros... ¿Has pensado en los chinos? Los de verdad, los de China.

Juana- ¿Los chinos de China?

Germán- Los chinos de China te hacen esto cien veces más barato. Te lo quitarían de las manos. ¡Vanguardia para todos los bolsillos! ¡Vanguardia a seis euros! Ese Juanito, el amigo de Rafa Padre, puede copiar de todo. Copiar no, es ilegal, con pequeños cambios, y cambiándole el título, eso es fundamental, el título.

Claudio- Una hoja transpira cada hora a razón de dos miligramos de agua por centímetro cuadrado. Los bordes de la hoja están limitados por las curvas de ecuaciones i griega igual cinco equis elevado a un medio e i griega igual un quinto de equis al cuadrado, donde equis e i griega se expresan en centímetros. Calcula la cantidad de agua transpirada por la hoja durante un día. Mientras Rafa calcula el agua transpirada, yo voy a buscar agua fría. Tengo hielo en las manos cuando ella entra en la cocina. No me mira. Se sirve un Martini. Los hielos se me caen.

Ester- “Ni siquiera la lluvia baila tan descalza”. ¿Qué significa?

Claudio- No significa nada. Es lo que se sienta. El efecto que causa en quien lo lee.

Ester- No he podido dormir. *(Saca el papel que Claudio le dio.)* “Ni siquiera la lluvia baila tan descalza”.

Claudio- No volveré a esta casa, si usted no quiere. No volverá a verme.

Ester- Mi hijo ha hecho mucho por ti. Y Rafa, te ha cogido cariño. ¿Te imaginas que lo leyesen?

Claudio- No lo escribí para ellos.

Ester- Si lo leen, te matan. El resto creo que lo entiendo, pero eso de la lluvia... No sé a qué se refiere. “Ni siquiera la lluvia baila tan descalza”.

*(Se le escapa una lágrima. Claudio le seca la lágrima.)*

Germán- Canalla. Así que eso fue lo que le diste, un poema. A esa mujer no le han escrito un poema en la vida. Estás abusando. Esa gente es casi analfabeta. En esa casa no hay un gramo de poesía. Les sueltas un verso

y es como tirarles una bomba. No reconocerían un símbolo aunque lo tuvieran delante de las narices. “Ni siquiera la lluvia baila tan descalza”. ¿Estás hablando de esa mujer? No puedes estar hablando de ella.

Claudio- Ahora la veo de otro modo.

Germán- Ya entiendo. Nuestro jovencito iconoclasta le ha cogido el gusto a la clase media.

Claudio- Usted me dijo que los mirase de cerca, sin prejuicios, sin condenarlos a priori.

Germán- ¿Ya no te parece ridículo su olor, su forma de hablar? ¿Vas a escaparte con ella, buscar trabajo, pedir un crédito y comprarle una casa con un salón bien grande?

*(Claudio se levanta.)*

Germán- No te dejes engañar por tus propias palabras. En cuanto a ese verso: a) Es malo; b) Es un plagio.

*(Silencio. Claudio vuelve junto a Ester.)*

Ester- El resto creo que lo entiendo, pero eso de la lluvia... “Ni siquiera la lluvia baila tan descalza”.

*(Se le escapa una lágrima. Claudio le seca la lágrima. Se besan.)*

Juana- ¿Cómo está Claudio?

Germán- Bien, supongo.

Juana- Hace tiempo que no me das nada suyo.

Germán- Cinco días. Desde el jueves no me trae nada.

*(Silencio.)*

Juana- Los he visto. A los dos Rafa. Y a Ester.

Germán- ¿Dónde?

Juana- Estuve sentada en el coche, frente a la casa. Vi al chico. Y luego a ellos. A ella me la imaginaba más guapa.

Germán- Adelante, por favor.

*(Invita a Rafa Padre y a Ester a sentarse.)*

Germán- Ustedes dirán.

Rafa Padre- Se trata de ese artículo de Rafael, en la revista. *(Saca “La Antorcha”.)*

Germán- Ah, el artículo. No le den importancia. Los chicos son así.

Ester- Lo leímos ayer. Él no nos había contado nada.

Rafa Padre- Lo habíamos notado raro.

Ester- Se ve que le afectó mucho.

Rafa Padre- Es el símbolo. Él ahí, de pie, y la pizarra que va vaciándose. El símbolo.

*(Silencio.)*

Ester- Lo que queremos... Lo que creemos que Rafa se merece... Usted le ofendió en público.

Rafa Padre- Se merece que usted le pida perdón en público, delante de sus compañeros.

Rafa- “En un partido, un jugador rival golpea a uno de tu equipo, lesionándolo. ¿Qué te aconsejaría Enmanuel Kant?”. Eh, ¿qué te aconsejaría?

Claudio- No sé, ni idea.

Rafa- Seguro que Kant diría que no hay que devolver mal por mal. Y Heráclito, y San Agustín, la venganza tiene mala prensa. Pero a mí me tocan a uno de mi equipo y yo la devuelvo. Si tocan a mi padre, por ejemplo. Mi padre y yo somos un equipo.

*(Silencio.)*

Rafa- Ayer, después que te fueras, salí detrás de ti. Ya sé cuál es tu casa. Te vi por la ventana con un hombre.

Claudio- Me estás vacilando.

Rafa- Un tío flaco, con gafas. Tiene algo en la piel, ¿no? ¿Qué le pasa en la piel?

*(Silencio.)*

Rafa- Yo a Kant me lo paso por los cojones. Y a Séneca, y a Santo Tomás de Aquino. Yo si un listillo le hace daño a mi padre, le doy de hostias al listillo y al padre del listillo. Ésa es mi filosofía. La filosofía de Rafael Artola.

*(Silencio.)*

Rafa- Bueno, ya está bien de Filosofía. Ahora vamos a repasar los números imaginarios. Última clase del curso: los números imaginarios. Y como se

te ocurra mover el culo de esa silla, te comes los apuntes, ¿me has entendido, poeta? Creo que por fin los he pillado, esos putos números imaginarios. Es como jugar sin balón. (*Se mueve como un baloncestista sin balón.*) En básquet, lo más importante es saber jugar sin balón. (*Se mueve alrededor de Claudio, cargando el codo.*)

Germán- ¿Qué te ha pasado en ese ojo?

Claudio- ¿Quería verme?

Germán- Hace diez días que no me das nada. ¿Sigues enfadado?

Claudio- Lo he dejado.

Germán- ¿Ya no vas a la casa?

Claudio- Ya no escribo. He decidido concentrarme en las Matemáticas. Las Matemáticas nunca defraudan.

Germán- Pero no puedes dejarlo así. Tienes que darle un final.

Claudio- Elija. Opción a: Claudio se escapa con Ester. Opción b: Claudio mata a los Rafa y se queda con Ester y con la casa. Opción c: los Rafa matan a Claudio. Opción d: Ester quema la casa con los tres tíos dentro. Elija uno y escríbalo usted mismo.

Germán- Claro que lo haré, si tú no lo haces. ¿Sabes cuáles son las dos características de un buen final? El final ha de ser tal que el lector se diga: no me lo esperaba y, sin embargo, no podía acabar de otra manera. Ése es el buen final. Necesario e imprevisible. Inevitable y sorprendente. Tienes que encontrarlo, un final que reconforte al lector o que lo deje herido. ¿O es que no te atreves? ¿No te atreves a acabar? ¿Prefieres que lo haga yo?

(*Claudio se va. Al quedarse solo, Germán empieza a ensayar.*)

Germán- Hace unos días, intentando mostrar a Rafael Artola algunos errores sintácticos y conceptuales, pude equivocarme al elegir...

(*Silencio.*)

Germán- El otro día, cuando saqué a vuestro compañero Rafael Artola a la pizarra, no supe medir...

(*Silencio.*)

Juana- ¿Te ayudo?

(*Silencio. Germán asiente.*)

Juana- He estado pensando en cómo pudo sentirse Rafa ante la pizarra vacía.

Germán- He estado pensando en cómo pudo sentirse Rafa ante la pizarra vacía.

Juana- Rafa, te debo una disculpa.

Germán- Pero Juana...

Juana- Rafa, te debo una disculpa.

*(Silencio.)*

Germán- He estado pensando en cómo pudo sentirse Rafa ante la pizarra vacía. Rafa, te debo una disculpa.

*(Ester está haciendo un boceto de reforma de la casa. Llega Rafa Padre del trabajo. Silencio.)*

Rafa Padre- Mariano. Ha vuelto a sacarme la factura del chino, delante de todo el mundo. Me han dado ganas de tirárselos a la cara, los trescientos euros. Pero no lo he hecho.

Ester- Menos mal.

Rafa Padre- Le he quemado el coche.

Ester- ¿A Mariano?

Rafa Padre- Al salir. Lo he visto ahí aparcado y...

Ester- Pero Rafa... ¿Te han visto?

Rafa Padre- No sé, creo que no, pero como ahora hay cámaras por todas partes...

*(Silencio.)*

Ester- Tenemos ahorros. Podemos aguantar hasta que encuentres otra cosa. Y yo voy a trabajar. Y si hay que vender la casa, se vende.

*(Coge de la mano a su marido.)*

Claudio- Hoy me levanto a la misma hora que todos los días, pero con una sensación distinta, hoy es un día distinto, hoy es el final. Me levanto a las siete, como todos los días, le preparo la comida a mi padre y salgo de casa a las ocho, como todos los días, pero sabiendo que hoy he de encontrar un final, necesario e imprevisible, inevitable y sorprendente. Es miércoles, lo que significa que a las nueve tengo Historia, a las diez Inglés, a las once descanso hasta las once y media, a las once y media Matemáticas, a las doce y media Lengua y Literatura. Pero yo cojo mi maleta y camino en dirección contraria a todo eso, en busca de un final. La maleta pesa mucho, pero tiene ruedas, cojo un autobús y a las nueve



ya estoy frente a los dos rótulos: “El laberinto del Minotauro” y “Se alquila”. Ella está dentro, pero no abre hasta las diez. Cuando entro, siento que, aunque nunca me ha visto, me reconoce al instante. Siento que sabe mucho de mí, y yo casi nada de ella. Bueno, algo sé. Sé con qué clase de hombre está casada. Sé que no tiene hijos. Sé lo que piensa su marido de todo esto que la rodea: “mierda”; “arte para enfermos”.

Juana- ¿No deberías estar en clase?

Claudio- Ya no voy a clase. Lo he dejado.

Juana- ¿Has dejado de estudiar? ¿Y se puede saber qué vas a hacer?

Claudio- Me puedo ganar la vida dando clases particulares. La gente tiene problemas con las Matemáticas.

Juana- No dejes los estudios. Te arrepentirás.

Claudio- También puedo escribir catálogos de arte contemporáneo. Mi profesor de Lengua dice que valgo para eso.

*(Observa una pieza. Lee su título.)*

Claudio- “El cielo de Shangai 5”. ¿Sabe lo que yo veo en estas... presencias? El silencio. Ante estas presencias mudas cesa el ruido del mundo, el ensordecedor griterío...

Juana- No he vendido ni una. Ni una.

Claudio- ¿Usted pondría estas cosas en su casa?

Juana- A mi marido no le gustan.

Claudio- La gente no quiere arte. La gente quiere decoración. Esto es lo que quiere la gente.

*(Le da la revista “Casa y jardín” de Ester.)*

Juana- *(Señalando la maleta.)* ¿Te vas de viaje?

Claudio- Es para mi profe de Lengua. Pero no sé dónde vive. Sólo sé que su mujer lleva una tienda llamada “El Laberinto del Minotauro”. Casi paso de largo. Debería cambiarle el rótulo.

Juana- Puedes dejarlo aquí. O vas a clase y se lo das.

Claudio- Prefiero llevárselo a casa. Usted sabe lo que le gustan las sorpresas.

*(Silencio. Juana señala “El cielo de Shangai 5”.)*

Juana- ¿Me ayudas a llevar esto al coche?

Claudio- Me monto a su lado. En todo el trayecto no dice palabra.

*(Germán entra en clase. Se dirige a los espectadores como si fuesen sus alumnos.)*

Germán- He estado pensando en cómo pudo sentirse Rafa ante la pizarra vacía. *(Silencio.)* Rafa... *(Silencio.)* Rafa, es un problema de punto de vista: intentas ayudar a otro, pero lo que el otro ve es que lo estás insultando. Todo depende de eso: del punto de vista. A veces me pregunto: ¿Cómo sería “Moby Dick” si el narrador fuese el capitán Achab? ¿Cómo acabaría? “¡Ah, una muerte solitaria después de una vida solitaria! ¡Te perseguiré atado a tu cuerpo, maldita ballena! ¡Así te entrego mi arpón!”. *(Hace como que arrojase un arpón a una ballena imaginaria. Silencio.)* Bueno, a trabajar. Abrid el libro por la página noventa y cinco.

Juana- Adelante.

Claudio- Huele a libro, hay libros por todas partes. Sigo a Juana hasta la biblioteca. Abro la maleta y voy sacando los libros. Ella me ayuda a colocarlos, no es fácil, están ordenados por épocas. Cuando acabamos, nos sentamos a charlar. Hablamos de Matemáticas; de cómo conoció a Germán; de los libros que le gustan a ella.

Juana- Los rusos no. Los encuentro pesadísimos. De “Ana Karenina” sólo leí diez páginas: las cinco primeras y las cinco últimas. ¿A ti no te agobia tanto libro? Germán se siente aquí como Noé en su arca. Fuera de aquí, el diluvio. A tu edad ya era así. Tú me lo recuerdas mucho.

Claudio- Suena el teléfono; es él. Juana no le dice que yo estoy con ella. Me invita a comer. Después de comer, se tumba en el sofá y se queda dormida. La veo dormir. Tiene los pies muy blancos. Cojo unos folios y escribo todo esto. Ella todavía duerme. Dejo los folios a su lado, cojo la maleta vacía y salgo de puntillas, para no despertarla.

*(Se va. Juana despierta. Lee el escrito de Claudio. Germán entra con su cartera.)*

Germán- Lo he hecho. Me ha costado, pero lo he hecho: “He estado pensando en cómo pudo sentirse Rafa...”.

Juana- Claudio no estaba allí, ¿no?

Germán- ¿Cómo lo sabes?

*(Juana señala la biblioteca. Germán observa los libros que prestó y que han vuelto.)*

Juana- Te ha dejado esto.

*(Le entrega la última redacción de Claudio. Germán la lee en silencio. Mientras, Juana sale y vuelve con “El cielo de Shangai 5”.)*

Germán- ¿Qué es esto?

Juana- “El cielo de Shangai 5”.

*(Lo coloca.)*

Germán- ¿Y tiene que ser ahí, delante de Dostoievski?

Juana- Pues sí.

*(Silencio. Germán coge la carpeta de las redacciones, mete la última y sale. Claudio está sentado en su banco, solo. Llega Ester. Silencio.)*

Ester- Te he visto desde la terraza. Quería devolverte esto. No sabía qué hacer con ello. No quería tirarlo.

*(Le devuelve el poema. Silencio. Ester lo abraza maternalmente. Abrazados, parecen iniciar un baile. Pero Ester se separa de Claudio y se va. Claudio llora. Todavía está llorando cuando llega Germán. Al ver a éste, Claudio se seca las lágrimas. Silencio.)*

Claudio- ¿Se ha fijado cuántas ventanas se ven desde aquí, cuánta gente? Yo me pongo aquí y pienso: ¿cómo será la vida en esa casa? Allí por ejemplo. *(Señala.)* Esas viejas.

Germán- Están discutiendo. ¿Dos hermanas disputándose una herencia?

Claudio- ¿Dos lesbianas a punto de separarse?

Germán- Dos hermanas discutiendo por la casa del pueblo. La rubia quiere vender. La morena dice que ni hablar. Se están tirando el pasado a la cabeza.

Claudio- Dos lesbianas. Treinta años de convivencia a la mierda porque la rubia se ha enamorado de su reumatóloga. La morena dice: “Pero si yo te la presenté”. Fíjese en sus manos. *(Las mueve, imitándola.)* “!Pero si yo te la presenté! ¡Ahora entiendo por qué no querías que te acompañase a la consulta!”.

Germán- Qué va, qué va, dice: *(Moviendo las manos, imitándola.)* “!La casa de nuestro padre! ¡Con lo que luchó para conservarla!”.

Claudio- Debe de ser el tercero derecha.

Germán- Olvídalo. No creo que necesiten un profe de Matemáticas.

Claudio- Algo necesitarán. Siempre habrá un modo de entrar. Siempre hay un modo de entrar a cualquier casa.

*(Silencio. Germán devuelve la carpeta a Claudio.)*

Germán- El final es muy malo. Cámbialo.

Claudio- No es el final. Continuará.

Germán- No vuelvas a acercarte a mi casa.

Claudio- En su biblioteca vi libros de James Joyce. Me pregunto cómo lo titularía él. ¿"El laberinto del Minotauro"? ¿"La pizarra vacía"? ¿"Los cuatro ángeles"? ¿"Los números imaginarios"?

Germán- No vuelvas a acercarte a mi mujer. Si vuelves a acercarte a ella, te mato.

Claudio- Desde que lo conocí, tuve ganas de ver cómo vivía. Desde la primera clase. ¿Cómo será la casa de este tío? ¿Quién podría vivir con un tipo así? ¿Habrá una mujer lo bastante loca, una tía tan loca que...?

*(Germán da una bofetada a Claudio. Silencio.)*

Claudio- Ahora sí, maestro. Es el final.

*(Con un gesto, hace el oscuro.)*